

Acerca de la discriminación e indiscriminación afecto-representación¹

André Green

“Son los instintos, los sentimientos, los que constituyen la sustancia del alma. La cognición no es más que la superficie, su punto de contacto con lo que le es exterior”.

C.S. Peirce, *El razonamiento y la lógica de las cosas*, 1898.

“Es ahí, en esta situación altamente especializada [la situación analítica] más que en la observación directa de los infantes, donde el estado normal de las cosas puede ser estudiado a partir del debate teórico de la primera infancia”.

D.W. Winnicott, *La naturaleza humana*.

I. DISCRIMINACION E INDISCRIMINACION ENTRE AFECTO Y REPRESENTACION: INTERROGANTES

La escucha analítica

Al comienzo de una sesión de análisis, ¿en qué disposición mental me encuentro para responder a lo que pienso que la situación exige de mí? Me sitúo en posición de analista cuando,

¹ En cuanto a los trabajos extranjeros, damos dos fechas entre paréntesis, la de su aparición original y la de su traducción. Lo mismo para los escritos franceses que son posteriormente republicados en una publicación colectiva.

habiéndome esforzado por mantener tanto como es posible la atención libremente flotante –veremos que ésta no se impone por sí misma y que por momentos se topa con serias dificultades– escucho la comunicación del analizando simultáneamente bajo un doble enfoque. Es decir que, por un lado, intento percibir la conflictualidad interna que lo habita y, por el otro, la considero bajo el ángulo de la direccionalidad, implícita o explícita, que ésta constituye a mi entender. La conflictualidad a la que hago alusión no concierne a los conflictos dinámicos particulares que la interpretación permitiría poner de manifiesto, sino al modo en que el discurso se acerca y se aleja alternativamente de un núcleo significativo, o bien de un conjunto de núcleos significativos que intentan abrir un camino hacia el consciente. No es necesario tener una idea precisa de lo que activa o, por el contrario, frena o desvía la comunicación, para percibir el movimiento que ésta describe, ya sea hacia una expresión más explícita o más precisa o bien alejándola de la realización verbal de lo que busca transmitirse. Podemos entonces percibir intuitivamente esas variaciones sin conocer necesariamente la naturaleza exacta del foco alrededor del cual gravitan, y que a menudo aparecerá más o menos repentinamente, a veces a plena luz, a veces de manera más accidental a lo largo de un recorrido discursivo. Es en este último caso que la atención flotante cambia de estado para convertirse en agudeza investigadora, es el tiempo de reorganización de lo que se ha deslizado bajo la fluidez de la recepción “en suspenso” del discurso en asociaciones más o menos libres del analizando. No se trata únicamente en esta descripción, de nombrar la resistencia tal como ésta se encuentra en ciertos momentos más particularmente definidos, al acercarse momentos transferenciales activados, sino de la situación de fondo sobre la cual aparecen los movimientos del discurso a la espera de ser oídos, o de la oscilación de base de cada toma de palabra del analizando, insegura de su aceptación tanto por parte de la conciencia del que la emite como de aquél a quien está dirigida. Un movimiento convergente –pero que está lejos de ser sincrónico– hace entonces evolucionar el pensamiento del analista desde su identificación de la posición transferencial puntual del analizando en el momento presente, hacia una imagen más global de su conflictualidad, tal como el flujo del discurso permite aprehenderla, así como también hacia aquello que, en un momento dado, da muestras de una parte de la

activación de un conflicto singular y de la manera en que éste adquiere un relieve momentáneo en una configuración de conjunto. Así se ponen en perspectiva las condiciones generales de su emergencia, compartida entre aquello que busca satisfacerse a través de su expresión y lo que traduce un sentimiento de peligro de hacerlo sin trabas. Dicho de otro modo, estamos frente a una doble relación: conflicto local singular que remite a una conflictualidad más general en el analizando, apreciable según las relaciones que mantienen las partes del discurso entre ellas y el modo en que la presencia del analista excita e inhibe sus expresiones y, por parte del analista, examen del alcance comunicativo del momento presente, evaluado en función de la conflictualidad general de la vida psíquica tal como se traduce en la relación analítica, cercada entre el ideal de una comunicación libre de toda censura y las vicisitudes de un deseo de decir contrarrestado por el temor imaginario y sus consecuencias, que hace pensar que ese decir ha perdido en parte distancia con respecto al hacer.

Cuando, cambiando de vértice, escucho lo que es dicho como dirigiéndose a mí, someto lo que he escuchado a una comprensión en donde la conflictualidad interna encuentra, en su intento de externalización por la palabra, un retorno reflexivo sobre el sujeto que la pronuncia, transformación producida por esta publicación del pensamiento que al dirigirse a un otro engendra retroactivamente el eco de su palabra sobre aquél que habla, según un efecto favorecido por el encuadre. La singular alteridad de la relación analítica produce también, simétricamente, la idea de que la causalidad que gobierna la palabra de aquél que habla modifica el status del destinatario del mensaje. Este último, tomado como testigo u objeto de una demanda, es modificado en el mundo interno y se convierte, sin saberlo el analizando, en la *causa* del movimiento que anima su palabra. Es esto lo que yace en el fondo de toda transferencia. El destinatario –invisible en la situación analítica– se repliega por así decirlo sobre el movimiento discursivo, se funde con él y es de ahí en más interpretado según un doble registro. Si el destinatario fue en un principio conscientemente definido como aquél a quien el discurso –del cual, por otro lado, ha fijado el modo singular– se dirige para intentar acercarse al universo íntimo del paciente, inconcientemente esta condición de receptor del mensaje se trueca en inductor del mismo, se vuelve provocador por la sola presencia de los

movimientos internos, surgidos tanto de lo que le es dicho como de lo que ha animado al analizando a pronunciar esas palabras. La separación entre los movimientos internos –afectivos– del sujeto y su objetivación por el discurso dirigido a un tercero, cae [tombe] para el inconciente. Se llega a un punto en que los dos no hacen más que uno; el objeto al cual se dirige ese discurso –es decir, lo que es traducido por la demanda, la espera, la esperanza del paciente con respecto a algún otro– y su fuente subjetiva inconciente y, para decirlo simplemente, pulsional, se vuelven más o menos intercambiables sin saberlo aquél que habla. En este nivel, el destinatario de la puesta en palabras de los movimientos internos, ya no está separado más que por un hilo de la tendencia a ver en él al agente causal de aquéllos. De esta causa se esperan consecuencias, ya que el discurso se esfuerza por suscitar una respuesta de aquél a quien el discurso es dirigido. Sin duda se espera en forma tácita no solamente que su respuesta satisfaga la demanda que le es dirigida –demanda inherente al movimiento mismo de iniciar un análisis– sino especialmente que le revele a aquél a quien es formulado, suscitándolo, un deseo de correspondencia con la búsqueda de la cual es objeto.

Sé muy bien que el concepto de objeto interno de Melanie Klein ha intentado reunir esos dos aspectos bajo una única noción, pero veo un interés mayor en separarlos para aprehender mejor la forma en que entran en relación de un modo más o menos contradictorio. Esos dos aspectos se refieren a lo que he descrito bajo el nombre de *doble transferencia*: la transferencia sobre la palabra y la transferencia sobre el objeto (Green, 1984) que en apariencia se presentan bajo una única forma, pero de las cuales pienso que existe una ventaja en distinguirlas para aprehender mejor las relaciones de lo intrapsíquico y lo intersubjetivo. Las relaciones mutuas de la vectorización por la palabra y de los giros retroactivos al dirigirse al objeto, ponen de relieve los rasgos particulares de la comunicación analítica. El vacío que debe atravesar la palabra analítica dirigida a un destinatario invisible –en cierta manera escondido– le confiere a ésta, además de la renuncia al control exigido por la regla fundamental, la potencialidad de hacerla retornar a su fuente apenas ha sido emitida. “Ese vacío deja entonces de ser un simple medio de vehiculizar el mensaje para dar lugar a un doble efecto; por un lado produce la reflexión sobre el emisor del enigma de la polisemia que ha

engendrado en el destinatario; por el otro, ese vacío se reproduce en aquél que habla, expresión del desfase entre la fuente enigmática de la palabra y su producto terminado.” (Green, 1973)

Desde esta perspectiva —la de las situaciones analíticas corrientes— la evaluación de la interpretabilidad del discurso no se preocupa por separar el afecto de los otros aspectos del discurso, ya que la empresa que consistiría en distinguirlos sería artificial en la medida en que aislaría uno de los componentes de la comunicación, que no es inteligible más que en su vínculo con los otros.

Sea dicho al pasar que cuando se repasan los escritos de Freud sobre el afecto, constatamos que toda la teorización inicial surge de las diferencias de su relación con la representación, a partir esencialmente de las categorizaciones internas de la clase de psiconeurosis de transferencia. Si la reflexión sobre el afecto continuó una vez que Freud hubo tomado distancia de ese punto de partida, lo que gana en complejidad y en agudeza debe sacrificar la anterior preocupación por una puesta en perspectiva diferencial con la representación según las neurosis. Tampoco podríamos considerar únicamente el hecho de que las modificaciones aportadas a la teoría de la angustia, pueden por sí mismas responder al conjunto de problemas propuestos por la concepción del afecto. Por otro lado, ¿no lo confiesa explícitamente *Inhibición, síntoma y angustia* a través de la addenda intitulada “Angustia, dolor y duelo”? Cuando Freud describe tardíamente el trabajo analítico en *Construcciones en psicoanálisis*², esta integración del afecto es relativizada por su inserción en un conjunto

² “Es cosa sabida que el trabajo analítico aspira a inducir al paciente a que abandone sus represiones (usando la palabra en su sentido más amplio), que pertenecen a la primera época de su evolución, y a reemplazarlas por reacciones de una clase que corresponderían a un estado de madurez psíquica. Con este propósito a la vista, debe llegar a recoger ciertas experiencias y los impulsos afectivos concitados por ellas que en ese momento ha olvidado. Sabemos que sus actuales síntomas e inhibiciones son consecuencia de represiones de esta clase; es decir, que son sustitutos de las cosas que ha olvidado. ¿Qué clase de material pone a nuestra disposición del cual podemos hacer uso para ponerle en el camino de recobrar los perdidos recuerdos? Toda clase de cosas. Nos da fragmentos de esos recuerdos en sus sueños de gran valor por sí mismos, pero grandemente desfigurados, por lo común, por todos los factores que intervienen en la formulación de los sueños. También, si se entrega a la “asociación libre”, produce ideas en las que podemos descubrir alusiones a las experiencias reprimidas y derivadas de los impulsos afectivos suprimidos, lo mismo que de las reacciones

que comprende los diversos constituyentes de la comunicación (recuerdos, sueños, ideas nacidas de la asociación libre, alusiones a sucesos internos al análisis y exteriores a él, etc.). Pero también es situada implícitamente en posición privilegiada (por la repetición que marca ahí el retorno al texto). El afecto ocupa ahí el lugar de una mediación privilegiada entre el pasado —no necesariamente identificado como tal, explícitamente, es decir limitado a la rememoración— y el presente actualizado en la relación con el analista, entre lo que es explícitamente sentido y la actualización de manifestaciones psíquicas pertenecientes al pasado, no reconocidas por la conciencia. El enunciado de las diversas formas de sucesos psíquicos, del recuerdo evocable al retorno más o menos intempestivo de las mociones reprimidas, remite a lo que he dado en llamar la *heterogeneidad del significante*, considerando a este último término como el equivalente de elemento de significación, expresándose ésta de manera no unívoca a través de diversos canales, cada uno según el modo que le es propio. Vemos entonces que lo que retorna a la superficie de la comunicación analítica se extiende sobre un espectro que mezcla en proporciones diversas un componente cuyo contenido se aprecia generalmente en términos ideacionales, y otro que no puede ser englobado por el precedente, reconocido como aquel que traduce las “mociones”, es decir movimientos en los que se encuentran el afecto en tanto fenómeno dinámico, y la pulsión como concepto que da cuenta de aquello teóricamente.

contra ellos. Y finalmente existen indicios de repeticiones de los afectos que pertenecen al material reprimido que se encuentran en acciones realizadas por el paciente, algunas importantes, otras triviales, tanto dentro como fuera de la situación psicoanalítica. Nuestra experiencia ha demostrado que la relación de transferencia que se establece hacia el analista se halla particularmente calculada para favorecer el regreso de esas conexiones afectivas. De este material bruto —si podemos llamarlo así— es de donde hemos de extraer lo que buscamos” (S. Freud, “Construcciones en psicoanálisis”, 1937, O. C. volumen III, Biblioteca Nueva). Compararemos esas líneas con las observaciones paralelas de Winnicott: “En términos de asociación libre, esto significaría que hay que permitirle al paciente sobre el diván o al niño sentado en el piso, en medio de sus juguetes, comunicar una sucesión de ideas, de pensamientos, de impulsos, de sensaciones no ligadas entre sí, salvo de cierta manera en el plano neurológico o fisiológico, imposible de detectar tal vez. Esto equivale a decir: es ahí donde hay un fin, ahí donde hay angustia o incluso falta de confianza basada en la necesidad de defenderse, donde el analista está en condiciones de reconocer y de poner en evidencia una o varias conexiones entre los componentes variados del material asociativo.” (D.W. Winnicott, 1971/1975, a).

La distinción afecto-representación

Esta distinción nos recuerda las primeras intuiciones de Freud que dividían la actividad psíquica en neuronas, que podríamos relacionar con esas unidades de representación ideacionales —que se relacionan entre sí mediante vías de facilitación— y cantidades en movimiento, precursoras del futuro quantum de afecto. Una vez superada la etapa del Proyecto, lo que subsistirá será la idea de que el psiquismo reencuentra esta conjunción en la intuición de su naturaleza más íntima e, inversamente, que ciertas formas reveladas por las neurosis pueden testimoniar un relativo desmantelamiento de esos dos tipos de manifestaciones estrechamente vinculadas, pero que en ciertos casos pueden seguir cursos separados. Agreguemos aún que el encuentro entre la búsqueda de un régimen de pensamiento (asociación libre) que privilegie la comunicación de la movilidad psíquica unido a la puesta en suspenso de las censuras y que prohíba toda expresión actuada, propensión que sería consecutiva del dinamismo inducido y reforzado en relación a las condiciones usuales del intercambio verbal, acentúa el desequilibrio entre esos dos componentes. Porque la tendencia al movimiento propia del afecto, de la cual una de las orientaciones puede convertirse en acto cuando éste ha investido el cuerpo poniéndolo en tensión y empujándolo a buscar una salida a esta última, ve disminuida su posibilidad habitual de ser atenuada, mediante su inclusión en un conjunto de vínculos. En cuanto a las representaciones, tienen la capacidad de desplazar la carga particular de cada una a la investidura de la red que permite mantener juntas sus formas desarrolladas. La relación de los pensamientos instituidos por las ligaduras representativas, se distiende con la instauración del régimen de asociación libre. Mejor aún, podemos decir que la enunciación misma procede a nuevas formas de vínculo que rehacen las antiguas ligaduras que buscan reinstalarse bajo la égida de una agrupación significativa, poniéndolas esta vez al servicio de la defensa (la racionalización), mientras que por otro lado la enunciación del punto de vista del afecto tiene el efecto inverso, es decir que desencadena aún más, la parte de ella misma que se asociaba a las representaciones. Esas condiciones aumentan las contradicciones internas del discurso transferencial.

En nuestros días, el desplazamiento del interés de los cuadros

clínicos que no echan demasiada luz sobre el análisis de acuerdo con la división afecto-representación, ha producido una ruptura de continuidad con la teoría clásica. Estos se imponen como objeto de nuestra elaboración. Ya que o bien la obra de Freud los ha ignorado –a pesar de algunas indicaciones dispersas, sin una profundización particular bajo el ángulo del afecto, pienso en el análisis del Hombre de los lobos–, o bien la literatura post-freudiana, con ciertas raras excepciones, no ha hecho progresar el conocimiento del análisis en estos temas más que adoptando un punto de vista que ha reemplazado la preocupación del curso diferencial, sustituyéndolo a menudo por un acercamiento globalizante: el de la relación de objeto.

Haremos dos observaciones al respecto:

– El interés en mantener una distinción que tome en cuenta la especificidad del afecto aparece en el examen de ciertas disciplinas. Sin detenernos en la neurobiología, que conoce actualmente una renovación del interés alrededor del problema del afecto largamente descuidado por los investigadores, llevados a los campos de investigaciones en donde podían aprovecharse las teorías de la información, algunas áreas de la clínica continúan remitiéndonos a ella insistentemente. El problema de la angustia permanece más que nunca en el centro del análisis. No haremos más que mencionar la categoría llamada de las psicosis afectivas, en donde domina la psicosis maníaco-depresiva. Si los analistas sólo tienen raramente la ocasión de enfrentarse con ella, no podemos olvidar que la depresión sigue siendo un polo mayor de elaboración de la clínica psicoanalítica. Más específicamente aún, la clínica psicosomática, cuyo esclarecimiento a partir del concepto de funcionamiento mental ha sido decisivo, atribuye a la economía afectiva un papel capital en la inteligibilidad de los síndromes psicosomáticos y a veces en su génesis. El concepto de alexitimia (Sifneos, 1975) ha adquirido derecho de ciudadanía en la patología. Este combina una perturbación en el reconocimiento y verbalización de los afectos junto con, en algunos casos, la intervención de una forma de negación que se ha relacionado con la forclusión o con el rechazo radical observados en los psicóticos.

Perturbaciones comparables han sido observadas en víctimas de traumas ocasionados por el holocausto (Krystal, 1978). A diferencia de las situaciones evocadas anteriormente aquí, dos

factores deben indudablemente ser tomados en cuenta: los traumas que por ser masivos, reconocidos objetivamente y justamente cuestionados en sus manifestaciones diferidas, aunque sin mostrar el secreto de los detalles de su acción sobre el psiquismo, y la inhibición de las funciones que podrían ayudarnos a hacernos una idea de ellos. La rememoración actúa aquí como una repetición —apenas menos dolorosa y por momentos más que el trauma mismo—, pareciendo que el tiempo no pudiera hacer nada para atenuar el dolor psíquico. Es innegable que existe ahí una nueva fuente de reflexión, que para nosotros equivale a lo que fueron las neurosis de guerra en la reevaluación de Freud de su teoría, con la diferencia de que aquí no se trata de la carencia de representaciones sino del carácter indecible, afectivamente intolerable, de las situaciones que evocan.

— El intento de superación de la separación afecto-representación en provecho de una teoría de las relaciones de objeto, ha permitido sin duda sortear varias de las dificultades presentadas para aportar respuestas a las preguntas surgidas en la práctica analítica. Sin embargo, el nuevo paradigma hacía resurgir subrepticamente los problemas que quería enterrar. Así, Melanie Klein, llamando la atención sobre una interpretación demasiado literal de su pensamiento, aclara que los diversos mecanismos que ella describe se refieren a *recuerdos en forma de sentimientos* (memories in feelings). La construcción teórica monumental de W. R. Bion parte de la *experiencia emocional primaria*, fundamento sobre el cual se ejercerán las intervenciones de los procesos psíquicos de diferenciación, elaboración, transformación. En forma paralela y a partir de axiomas diferentes, Winnicott partirá también para desarrollar su propia concepción de la construcción del psiquismo, del *desarrollo emocional primario* cuya relación con el cuerpo es la forma basal. Todo cuadro clínico interpretable como signo de mala salud psíquica, está siempre en relación con una perturbación del desarrollo emocional. Desde el punto de vista del desarrollo, aclara Winnicott, el intelecto mismo no puede estar enfermo (salvo si el cerebro está mal formado o desnaturalizado por una enfermedad física) en el sentido en que puede estarlo la psiquis. Así, si el afecto dejaba de ser específicamente mencionado en las nuevas teorías, era por ser considerado como referencia de base en los límites del desarrollo.

Principales modalidades de la vida afectiva

Hemos partido de la situación en donde la escucha de la comunicación del analizando no apelaba a la separación en afecto y representación. Es decir que el material no hacía esta distinción ni indispensable ni necesaria. Ese era el caso para el sentimiento presente en todo discurso y para los estados de ánimo. Por el contrario, puede ocurrir que esta distinción se imponga por sí misma. En ese caso, el afecto deja de estar fundido en la comunicación pero la domina por completo, de tal manera que no se pueda escapar a la impresión de que aquello que es de esa forma expresado pretende movilizar lo esencial de lo que el analizando busca transmitir en ese momento –o su reacción en contra de eso. El analista ya no tiene el poder de relativizar esta parte del material poniéndola en perspectiva con el conjunto de los datos que han emergido al mismo tiempo en esta ocasión. Es aquí que en el transporte –para utilizar este término en el sentido que tiene en viejo francés y que traduce la imagen de lo que se produce– el analista percibe bien el carácter vital para el analizando de lo que ocupa su mente en ese momento, al mismo tiempo que adivina la función de escudo defensivo que asegura la toma masiva de la comunicación psíquica ubicada bajo ese signo. Tal dualidad entre el sentido positivo conciente expresado y la intuición de su valor defensivo, no tiene nada de sorprendente. Recordemos que a diferencia de la riqueza de posibilidades de deriva de las representaciones que abren redes semánticas complicadas, cuya represión no autoriza más que en forma filtrada el acceso al preconciente, conservando en el inconciente lo que no podría ser admitido en la conciencia, el destino de los afectos cuya salida está bloqueada en esta instancia, conoce un número mucho más restringido de transformaciones.

Al respecto es necesario subrayar la importancia, en la concepción más restringida de la representación, del hecho que esté marcada por su desdoblamiento en representación de cosa, representación de palabra, situación mucho más rica en significaciones elaborables que aquella que no conoce más división que afecto inconciente y afecto conciente. En este último caso, es más bien el empobrecimiento lo que caracteriza su situación en el inconciente, por la pérdida de las cualidades del afecto conciente. Por el contrario, los quantums de afecto pueden estar al servicio

de los movimientos de representación. En el caso en que éstos se presenten como invasores, podemos constatar que no solamente el afecto parece tener como fin obstaculizar la puesta en evidencia de representaciones subyacentes, sino que asegura —¿usurpa?— una función de representación. Es decir que compromete el proceso de encadenamiento de las vías utilizadas por la significación (concatenación que reúne las formas heterogéneas del significante) condensando a su alrededor, como para impedir su pleno despliegue, nudos conflictuales esenciales, obstaculizando su inteligibilidad por parte del objeto al cual se dirigen.

“El afecto parece tomar un lugar de representación. El proceso de la concatenación es un encadenamiento de investiduras, en el cual el afecto posee una estructura ambigua. En la medida en que aparece como elemento de discurso se somete a esta cadena, se incluye en ella uniéndose a los otros elementos del discurso. Pero en la medida en que rompe con las representaciones, este elemento del discurso se niega a vincularse con la representación y “se ubica” en su lugar. Una determinada cantidad de investidura alcanzada se acompaña de una mutación cualitativa; el afecto puede entonces hacer naufragar la cadena del discurso en la no discursividad, en lo indecible. De esta forma, el afecto es identificado con la investidura torrencial que rompe los diques de la represión, que sumerge las capacidades de relación y de dominio del Yo. Se convierte en una pasión sorda y ciega, destructiva para la organización psíquica. El afecto de violencia pura actúa esta violencia reduciendo al Yo a la impotencia, forzándolo a adherir plenamente a su fuerza, subyugándolo en la fascinación de su poder; se ve cercado entre el encadenamiento en el discurso y la ruptura de la cadena, que devuelve al Ello su potencia original.” (Green, 1973, b)³

Esta situación corresponde a la descripción, en terminología francesa, de la emoción. Puede encontrarse coyunturalmente en momentos particularmente candentes de la transferencia en todo analizando, o caracterizar un estilo transferencial de fondo en algunos pacientes. M. Bouvet ya había observado este rasgo de la relación de objeto de las estructuras pregenitales (Bouvet 1956-1967). Esas descripciones reemplazan lo que anteriormente se

³ La traducción es nuestra [N. de la T.]

subrayaba en la cura de las histéricas, pero aquí, cuando esta modalidad constituye la tela de fondo o la base constante de la transferencia, es más allá de las fronteras de la histeria donde se encuentra esta situación. Lo que ella traduce evoca más bien una reactividad hiperdolorosa de un Yo amenazado en la imagen que quisiera darse de sí mismo, y un intento de intimidación ante cualquier acercamiento de un objeto considerado amenazante para su integridad, comprometiendo su equilibrio (Green, 1986-1990).

Esto nos lleva a otro perfil en donde el aspecto de crisis más o menos mantenido en forma permanente se encuentra menos en el primer plano que el de una relación pasional, a veces mal definida, donde el aspecto erótico no es reconocido por aquél en el que habita. Por otro lado, es frecuente que lo que el analista identifica como travestismo de una pasión inconciente, se exprese más bien como una nostalgia sin causa aparente o un sentimiento constante de soledad, que no permita descubrir más que de manera fugaz fantasías amorosas, a menudo detenidas en su desarrollo cuando confiesen demasiado su naturaleza. La pasión sólo se adivina aquí por la huella de la decepción, la vana espera de un milagro que, por la naturaleza misma del modo mágico de satisfacción esperada, exime al sujeto de formular un deseo cuyos orígenes históricos se esfuerza por confundir, e impide reconocer las inscripciones que éstos han dejado hasta en su cuerpo. Y a menudo estamos llevados a formular la hipótesis, mucho antes de que índices o signos más precisos vengan a corroborarla, de un estado de duelo interminable que encierra al sujeto sin éste saberlo en el mantenimiento de un sufrimiento narcisista (Green, 1983-1991). Por otro lado, será bajo la forma de relaciones sadomasoquistas crónicas desplazadas a objetos de importancia secundaria, que los conflictos intrapsíquicos encontrarán materia para exteriorizarse. Pero no es raro encontrar vínculos de igual naturaleza, vínculos casi solidificados a lo largo del tiempo, renovados día tras día, que ocupan el centro inamovible de la existencia de un sujeto cautivo de una demanda de amor dirigida a un objeto parental. Este, alterna —en una simetría perfecta— con el dominio ejercido sobre el niño, que por su parte se aferra a la esperanza de una conquista definitiva, gozando además inconcientemente del conocimiento secreto de que la exasperación o el rechazo que provocarán, son los medios

más seguros de reforzar el nudo de la simbiosis insuperable. El interés de esos casos es el de darnos una idea, a través de la exteriorización de las relaciones de objeto, del mundo interno de algunos pacientes en los que una relación de este tipo –cuya transferencia no da más que una idea atenuada– se construye en la mente del analista bajo un modo a menudo más construido que vivido, más allá de las dramatizaciones concretas evocadas en la situación de la cual acabamos de hablar. En todos los casos el problema es el mismo: ¿cómo la interpretación puede conseguir vincular escenarios fantasmáticos –proyectados o actuados– con un funcionamiento mental cuya comunicación haría que el analizando pudiera superar las satisfacciones inconcientes que de ahí consigue y que limitan considerablemente su vida psíquica condenada a repeticiones estériles, para liberar la situación de encierro del conflicto?

Hemos descrito tres modalidades afectivas que corresponden a divisiones tradicionales instituidas por el lenguaje; sentimientos por un lado, emociones y pasiones por el otro. En la primera, la de una aprehensión global e indiferenciada de la escucha, el afecto ocupa el lugar de una tonalidad nunca ausente en un discurso; los sentimientos pueden ser comprendidos bajo ese modo de comunicación. Incluso si son detectados por su propio valor, siguen estando subordinados a la intención de significar verbalmente, que puede, por otro lado, recurrir a otros medios psíquicos. La segunda modalidad, sobre todo caracterizada por el predominio del elemento mocional, fracturante, irruptivo, que trastorna la cohesión interna de los mensajes vivenciados o transmitidos, instaura un cambio más o menos brutal en el que el sujeto se encuentra en vilo tanto en relación a lo que vive de una situación en la que está sumergido, como con respecto a lo que le hace vivir a su objeto, aumentando la brecha que los separa. Finalmente, la tercera relación, la de la pasión, es el resultado de una situación durable y se remite a un objeto concebido como único e irremplazable. Si en la vida ocurre que las pasiones se detengan bruscamente, lo que aquí describimos es el estilo casi permanente de ciertas transferencias de duelo que duran lo que este último. Ciertamente, la esperanza de poner fin al carácter muchas veces doloroso de esta forma de ser acompaña el proceso psicoanalítico, pero a menudo nos topamos con la dificultad de movilizar los modos de relaciones de objeto organizados con una

gran fijeza y rigidez, que se esfuerzan por mantenerse a pesar de lo que el analista aporta de comprensión a su función y a sus orígenes.

Dificultades epistemológicas

La dificultad de esclarecer los estados que acabamos de describir, no se debe únicamente a los obstáculos que encontramos al proponer una concepción satisfactoria de las relaciones entre el afecto y el inconciente, tarea específica del psicoanálisis. El afecto, incluso abordado desde el punto de vista de la conciencia, continúa siendo un perturbador enigma que se extiende más allá de los psicoanalistas, a los filósofos, los psicólogos, en los que no encontramos mucha más unanimidad, más bien menos. En cuanto a la esperanza de encontrar una solución del lado de la biología, en razón de los vínculos evidentes y conocidos de siempre entre el afecto y sus manifestaciones corporales, a pesar del auge notable de los estudios en ese campo, no podemos decir que la cuestión se encuentra simplificada sino al contrario —y encontramos aquí las mismas limitaciones a tener una visión de conjunto desde la cual podríamos deshacer la estrecha imbricación de las manifestaciones afectivas con las otras actividades psíquicas, examinadas a la luz de las exploraciones cerebrales. Daremos prueba entonces de indulgencia —pero también una apreciación positiva por la modestia de la idea— al leer estas líneas de Freud: “Estaríamos muy agradecidos con una teoría filosófica o psicológica capaz de decirnos cuál es el significado de las sensaciones tan imperativas para nosotros de placer o displacer. Desgraciadamente, con respecto a este tema no se nos ofrece nada útil” (Freud, 1920 a). Porque hay que subrayar todavía que la categorización de la vida afectiva de acuerdo con los estados de placer o displacer —aunque se las nombre de otra manera (felicidad y tristeza en Spinoza, placer y dolor en Platón, etc.)— es, a fin de cuenta, la que parece tener el valor más general. Sin embargo, la posición de Freud radicaliza esta distinción al relacionarla con la vida pulsional, lo cual no elimina las dificultades de la relación entre placer y sexualidad, sino que deja abierta la interpretación del displacer en la medida en que no podemos vincular a este último con una pulsión y tenemos la elección entre diversos mecanismos para explicarlo (fracaso de la represión, angustia

como advertencia del surgimiento de una exigencia pulsional, desmoronamiento de las contrainvestiduras, fractura de la paraexcitación por cantidades excesivas de excitación, pérdida o amenaza de pérdida del objeto, precariedad de los límites del Yo, reprobación del Superyó, etc.). La continuación del pensamiento de Freud ha complicado en gran parte el problema al sostener la idea de un más allá del principio del placer (Freud, 1920). Conocemos las dudas que marcaron el intento de Freud por dar cuenta de los fundamentos psíquicos de esos estados de placer y displacer en términos de distensión y tensión, y que de hecho no condujeron finalmente a ninguna conclusión definitiva.

Nos cuidaremos de pensar que las distinciones que hemos presentado no responden más que a la preocupación por diferenciar los afectos de acuerdo con su intensidad como ha deseado Marjorie Brierley. Si este aspecto está bien presente, no deja de ser sin embargo dependiente del lugar del afecto en la comunicación psíquica, en el seno de las relaciones que mantienen esos diferentes componentes. La única realidad psicoanalítica de la cual estamos obligados a partir es la del discurso que engloba las diferentes formas de la comunicación del sujeto consigo mismo y con el otro, siendo que este último tiene por objetivo la transmisión, es decir la transferencia. Lo que en un comienzo se busca en la transmisión es involucrar y que el otro a quien el mensaje es transmitido venga a ocupar el lugar que le está reservado de antemano sin saberlo aquél que se dirige a él. Introducir en este nivel el sentido es quizá prematuro, salvo si retenemos la acepción que describe los efectos de lo que es significado como suscitando otras representaciones u otros signos, ligados por relaciones definidas inconcientemente a lo que es directamente transmitido. Y en este caso se tratará menos del sentido que de una reverberación fundada en evocaciones analógicas que deben conducir, en el mejor de los casos, a un nuevo contacto consigo mismo. El sentido sólo surgirá retrospectivamente, ya que lo que precede no puede ser asimilado a un sentido inconciente sino únicamente a los caminos que llevan a él y que lo introducen, es decir al equivalente de ese proceso de aproximación y alejamiento de un núcleo significativo, que sólo se revela a medida que avanza. La paradoja creada por la existencia del inconciente, es que lo que proviene de esta fuente logre producir tales efectos sin que sean percibidas las relaciones entre el

mensaje inicial desconocido y las evocaciones que provoca su forma a la llegada. El problema que encuentra el analista es el del modo en el cual concebir las formas supuestamente presentes en el inconciente y su relación con lo que le enseña el análisis acerca de los fenómenos concientes.

El afecto: conciente e inconciente

Freud propone considerar la diferencia entre función y tendencia. El principio placer-displacer es una tendencia del aparato psíquico cuya función sería el mantenimiento de las excitaciones en el nivel más bajo posible o, en su defecto, en un nivel constante (Freud, 1920). Como Freud siempre ha sostenido que la aspiración más fundamental de los hombres, incluso si ésta fracasa a menudo, es la búsqueda de la felicidad, podemos inferir que un ideal tal conjuga la ausencia de desequilibrio tensional con una vivencia de felicidad. El caso del placer es más difícil de definir, ya que su función de distensión indudablemente agradable lo es más manifiestamente cuando ésta sucede a un estado de tensión buscado. Por otro lado, una tensión acumulada –incluso agradable en un primer momento– que no estuviera seguida de ninguna distensión, tendría pocas posibilidades de seguir siéndolo. Siendo que el Yo es reconocido como sede de los afectos, estaríamos tentados de considerar que la relación de las tensiones provocadas, del interior o del exterior con la instancia que las recoge, debería darnos la clave del problema. Corremos entonces el riesgo de asignarle demasiadas ventajas al control regulador del Yo, sin responder a la pregunta de los orígenes del afecto, ya que existen pocas dudas de que si el Yo es de hecho el lugar en donde se expresa el afecto, un punto de vista psicoanalítico no puede atenerse a esta constatación, salvo si le negamos al inconciente el poder de generar afectos. Esta tentativa se da a veces en algunos psicoanalistas que, agobiados por el tema, lo esquivan proponiéndonos considerar el contenido del inconciente como formado de representaciones de cosas, o forjan un concepto ad hoc de “representación-cosa” (Laplanche, 1984), siendo que la expresión apenas logra disimular el deseo de privilegiar las representaciones porque éstas son más accesibles al pensamiento. La hibridación “representación-cosa” tiene de hecho el objetivo de deshacerse del concepto de pulsión, para reemplazarlo por el

injerto objeto-cosa en el inconciente. Queda claro que el basamento somático, en el cual Freud ubica las raíces de la pulsión, fundamentalmente ligado al afecto, desaparece de ese juego terminológico, así como el afecto en tanto categoría mental propia. Del mismo modo, comprendemos fácilmente que la evacuación del afecto del inconciente tiene por objetivo debilitar el polo “mocional” de éste, estrechamente vinculado con la característica principal de la pulsión. Debemos hacer otras dos observaciones: la primera es preguntarnos acerca de las relaciones que mantienen los afectos con el Yo inconciente; la segunda es dar prueba de que todo afecto llegado a un cierto grado de desarrollo, se manifiesta en tanto vivencia de movimiento destacado en el funcionamiento del YO, en el cual nada, en la especificidad de la organización que lo caracteriza, permite dar cuenta ya que, por el contrario, está formado de investiduras en un nivel relativamente constante, como implica la lógica de la relación de las instancias, y dado que una de sus funciones es la de controlar las excitaciones excesivas.

Estas cuestiones difíciles de resolver han provocado discusiones sin fin sobre la función basal del afecto, involucrando principalmente tres interpretaciones: la de la descarga, la de la tensión, la de señal. Esta última concepción, semántica, del afecto, a menudo ha sido planteada como alternativa al excesivo entusiasmo por la biología en Freud. No entendemos bien por qué, ya que la función señal forma parte de su concepción de la angustia y no deja de contener una referencia biológica. El estaba entonces lejos de ser el único en tener en cuenta las relaciones de las emociones con el cuerpo, como podemos constatarlo tanto en filosofía como en psicología. No nos detendremos en esos debates. Propondremos en cambio un posible esclarecimiento de las confusiones sobre las cuales se asientan.

El intento por definir el afecto se apoya en un uso indefinido del término, el cual designa tanto un proceso dinámico cuyo desarrollo en una secuencia témporo-espacial es la característica fundamental que “afecta” en una de esas fases al cuerpo más allá del Yo, como al estado propio de un momento o de una etapa de ese desarrollo, aprehensible por su cualidad percibida por el Yo. Cada vez que nos dirigimos al movimiento dinámico nos enfrentamos a la necesidad de poner en perspectiva las relaciones que suponemos existen entre las fuentes inconcientes –o deriva-

das del Ello— y la evidencia de las manifestaciones concientes experimentadas por el sujeto y comunicadas por él, mientras que cuando nos concentramos en un afecto particular, nos vemos inevitablemente llevados a no tener en cuenta más que la cualidad afectiva que pertenece exclusivamente a los afectos concientes.

Remitidos así a las relaciones del afecto con el inconciente, admitiendo que no sería lógico reconocerles la cualidad que manifiestan en el conciente, nos es difícil aceptar que podrían concebirse bajo la sola forma de sus tensiones, porque no vemos cómo a partir de tales estados sin cualidad, el sujeto podría llegar al despliegue de la riqueza afectiva que constatamos en nuestra vida conciente. La definición más completa y precisa que Freud da del afecto es la de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, en donde adopta un punto de vista dinámico. Aquí distingue, en vistas del análisis de esos fenómenos “muy complicados”, dos clases de fenómenos: por un lado ciertas inervaciones o descargas y, por el otro, percepción de las acciones motrices consumadas y sensaciones directas de placer y displacer, “que imprimen al estado afectivo lo que llamamos el tono fundamental” (Freud, 1917). En mi opinión, tal definición comprende varios niveles: somático (inervación-descarga), conciente (sensaciones directas y placer-displacer). Propongo considerar el componente intermediario: “percepción de las acciones motrices consumadas”, que Freud tiene cuidado en distinguir de las sensaciones directas, como refiriéndose al nivel inconciente del fenómeno; éste no se reduce ni a su expresión somática ni a su vivencia conciente, pero podría ser concebido como percepción del Yo inconciente atravesado por movimientos internos desprovistos de cualidad. Esta indicación puede desplazarse a la clínica, siendo que el afecto inconciente es percibido por el analista de acuerdo con las tensiones del discurso mismo, cuando las cualidades hacen defecto en la comunicación conciente.

Sin duda debemos admitir que existen en la psiquis diferentes formas de ser inconciente. Para las representaciones podemos concebir que un conjunto de ideas sean conservadas bajo la forma de huellas mnémicas que, disociadas de su contexto conciente, son, no únicamente reprimidas sino recombinadas, habiendo sufrido la atracción de lo anteriormente reprimido. De esta forma entran en una nueva sujeción por parte de los vínculos que ellas contraen bajo la influencia de las reorganizaciones del incon-

ciente y del Yo, sufriendo la atracción de lo anteriormente reprimido. Los bloques así constituidos podrán ver desprenderse todos o parte de los núcleos significativos que formaban parte de aquéllo, y a los cuales se dirigirán los efectos de los procesos primarios (condensación, desplazamiento). Estos sólo evitarán la obstaculización del preconciente gracias a los disfraces que les permitirán escapar a la censura. Nada comparable puede ser pensado para el afecto. El resultado de su represión es primero una supresión, y si el trabajo psíquico no se detiene en este caso en el inconciente, las formas de ligadura y desligadura que transforman a las representaciones, no parecen aplicables al afecto. De hecho, éste no se descompone como pueden hacerlo las representaciones. En consecuencia, hay menos recombinación que adjunción, “construcciones” de afecto como decía Freud (Freud, 1915). Buscando los equivalentes de las modificaciones representativas, nos asombraríamos del carácter mucho más limitado de las operaciones posibles: vuelta contra sí mismo o sobre su contrario, formaciones de afectos simétricos, opuestos o complementarios, vivenciados o proyectados y, en los casos más radicales de defensa, inhibición o supresión (helada afectiva). Pero nos topamos aquí con una dificultad que no podríamos minimizar. Si esas operaciones son en efecto las que la clínica nos sugiere en materia de afecto, nos cuesta más hacernos una idea del estado de las cosas que en el caso de la representación cuando se trata de imaginar su forma inconciente. ¿Cómo concebir esos diversos destinos afectivos despojándolos de su cualidad conciente? El estado de inconciente no afecta en nada lo esencial del status de las representaciones, a pesar de una doble inscripción, contentándose con transformar sus contenidos, mientras que el afecto inconciente hace desaparecer la cualidad que constituye lo esencial de aquello gracias a lo cual puede ser reconocido, incluso antes de que se plantee la pregunta sobre su sentido. Su pasaje al estado inconciente que lo sometería a operaciones en las que está ausente aquello que le da su valor psíquico, debería entonces dirigirse a tensiones cuantitativas que efectúen sus transformaciones a partir de movimientos sin cualidades, pero que guarden la capacidad de volverse sobre sí mismos, de producir su contrario, de constituirse simétricamente en complementariedad u oposición, quizá siguiendo modelos tomados de las organizaciones corporales. Pero queda claro que dichas operaciones no

pueden ser asimilables a lo que puede constatararse en el nivel de las transformaciones de las representaciones. Tenemos conciencia de las oscuridades que persisten más allá de las respuestas que tratamos de proveer.

Una última paradoja nos ayudará quizá a aclarar las cosas. En numerosas ocasiones nos ocurre que, intentando comunicar afectos –a veces los más simples–, tenemos el sentimiento de fracasar en esa tarea, aunque dispongamos de todos los afluentes de la comunicación expresiva que desembocan en el río de la verbalización. Y sin embargo, la literatura en general y la poesía en particular –esa relación con la palabra que se limita a la marca impresa– provocan en nosotros emociones intensas. Existe entonces en las relaciones que las palabras mantienen entre ellas lejos de todo soporte corporal y, en el entrecruzamiento de sus evocaciones, una génesis afectiva posible. El comentario es enriquecedor a condición de no perder de vista que la emoción estética no es la emoción que experimentamos en la vida. En el ejemplo elegido, la ausencia de cuerpo ha sido reemplazada por el cuerpo de las palabras, que no hay que confundir con el precedente pero al cual hay que reconocerle esa capacidad de drenaje de la materia en la que se origina y su transformación en una forma otra, gracias a la combinación de ambos para alcanzar su vibración sobre otro cuerpo.

La situación analítica no es comparable ni a la de la vida ordinaria en donde se intercambian, se provocan, se completan, se responden emociones en los intercambios humanos, ni tampoco a la de la emoción engendrada por el lenguaje poético para permanecer en la comunicación verbal. Esta remite a una experiencia en la cual las palabras son llevadas, bajo el flujo de la excitación, a la tentación de sobrepasar los límites del pensamiento verbalizado, buscando su agotamiento en una acción aguijoneada por la fantasía. Tampoco se distribuye en la polifonía sincrónica del poema porque el movimiento que la desplaza en el discurso de la sesión, la “desencuadra” de su momento presente y la capta en la red de sus resonancias homológicas pasadas, aspirando reencontrar placeres desaparecidos, intentando crear aquellos que jamás han podido ver el día, reavivando la huella de las heridas aún abiertas de su no concreción o renovando, a veces con crueldad, las angustias de la soledad y el desamparo.

Este es quizá el punto en el que vale la pena volver sobre la

cuestión de la nominación de los afectos. Conocemos su importancia en la relación del adulto con el niño. Bion ha mostrado el papel que juega en la articulación entre el aprendizaje verbal y la posición depresiva. Es indudable que la palabra analítica –de la cual yo he escrito que “desenduela” el lenguaje (Green, 1984)– ofrece, gracias al rodeo de la interpretación, la ocasión de un redescubrimiento de las vías que han prolongado las resonancias de las palabras hasta el inconciente, pero también de su anclaje por afecto interpuesto a sus fuentes corporales. Pero cuando existe verdaderamente reconocimiento más allá de la nominación, éste sólo se produce porque cuando se “larga” una palabra, sus asociaciones no verbales siguen un transporte del pensamiento libre de ataduras, libre del control que la lengua ejercía sobre él. Pero sobre todo no hay que concebir ese destino en términos de traducción, porque lo que es importante en él no es lo que se fija en otra expresión concebida, a pesar de todo, sobre el modelo del lenguaje, sino por el contrario aquello que, al llevarla, la ha hecho viajar en espacios cada vez más alejados de ella, como muestra el sueño traído luego de una interpretación realizada la sesión precedente, mostrando lo que la incitación de la palabra ha provocado de invención psíquica, que sólo logra advenir mediante el desprendimiento fuera del trabajo de las palabras en el “campo magnético” (A. Breton) del inconciente.

Salidas del afecto

En la discusión sobre la función de descarga del afecto, hay que tener muy en cuenta que Freud busca subrayar la diferencia con la representación. Esta última no conduce directamente a ninguna manifestación que se traduzca por una modificación del estado del cuerpo. Cuando éste sufre transformaciones por regresión, por ejemplo bajo la forma de la alucinación, la vivencia del cuerpo se mantiene fuera de ese proceso, salvo cuando la alucinación conduce a la cenestesia. En efecto, la alucinación sería más bien el lugar del entrecruzamiento entre la regresión del pensamiento y la reincorporación de ciertas experiencias psíquicas. Y si Freud llega a la conclusión de que no existe una diferencia esencial entre la materia del sueño y la de la alucinación, hay que observar que en el primer caso subraya la inhibición de los afectos en el sueño. Por el contrario, cuando uno se dirige

a formas de la vida onírica fuera del marco del sueño, como la pesadilla, los terrores nocturnos o los sueños del estadio IV, los afectos invaden las expresiones de la vida psíquica y en ese contexto general dos rasgos ausentes del sueño hacen su aparición: por un lado el desbloqueo de la inhibición motriz que pone en escena reacciones de huida o de locura; por el otro la resomatización de la angustia (Garma, 1997). Hay entonces una constelación coherente de eventos psíquicos que nos hace decir que lo que es importante es la *orientación interna del proceso hacia la periferia* que llega a las capas del psiquismo que están en relación con lo corporal e incluso lo somático. Esos niveles de actividad psíquica entran en escena cuando el desarrollo del afecto no es ni obstaculizado, ni enredado con representaciones que se desarrollan en el marco de los procesos del Yo, que intentan retener esas manifestaciones en la esfera psíquica. Esta dirección tomada por las investiduras afectivas se orienta primordialmente al cuerpo, que manifiesta su cambio mediante la salida de su funcionamiento silencioso y es testimonio de una desregulación anunciadora ya sea de un placer fuertemente esperado, o bien de un peligro movilizador de soluciones defensivas en la huida o en el ataque. En esos últimos casos, el Yo finalmente apela a los recursos de la motricidad para comenzar a actuar. Pero ese segundo tiempo, consecuencia del proceso efectivo, no le pertenece exclusivamente. Este traduce, mediante el corto circuito entre actividad psíquica y motricidad, la extensión hacia la esfera de comportamiento de la alerta percibida en ciertas formas de la vida psíquica del durmiente, cuando la función del sueño ya no cumple con su papel. Es por eso que, en la situación analítica, siendo que la solución motriz está excluida, toda la excitación se dirigirá a las reacciones corporales y a la intensificación de la agresividad. Hay que agregar finalmente que tal ruptura del equilibrio puede igualmente ser el fruto de una situación del mundo exterior como provenir de una activación conflictiva interna que ha interesado a la vida pulsional, desde el momento en que las representaciones a ella asociadas no han conseguido continuar su tarea de elaboración para poder volver a incluir el afecto en la organización inconciente.

Vayamos más lejos, arriesguemos una hipótesis para intentar dar un paso más en lo que escapa a nuestra comprensión. Cuando reunimos todas las observaciones que dan al afecto su sello tan

particular: orientación interna de las investiduras, extensión a la esfera del cuerpo, intensidad de las vivencias emocionales, etc., podemos imaginar el proceso afectivo como *una anticipación del encuentro del cuerpo del sujeto con otro cuerpo* (imaginario o presente), encuentro en el que el contacto tendría como resultado ya sea el equivalente de una interpenetración sexual y amorosa, o bien, a la inversa y de modo comparable, el de agresión mutilante, ambos amenazando –para bien o para mal– la integridad del sujeto. El afecto sería a la vez como la preparación para tal eventualidad y el efecto de su previsión acelerada. Su precipitación en el doble sentido del término tiene sobre todo la función de manifestarle al sujeto que la experimenta la *interioridad absoluta* del fenómeno, sean cuales sean los orígenes. Esta dirección tomada por los procesos psíquicos tendría la función de un retorno apremiante que lo obligue a cuestionar su naturaleza de sujeto. Por más ricas y complejas que sean las significaciones que ocupan el universo psíquico y cualesquiera sean las capacidades integradoras de aquél, tenemos a menudo la experiencia de los límites de su poder. Este nos muestra entonces que no es capaz de llegar a fundir el afecto con el conjunto de las manifestaciones que lo constituyen, más que en forma harto limitada. La pérdida de control del Yo vuelve de este modo sospechosas las variaciones afectivas sin embargo esperadas, que corren el riesgo de sorprenderlo.

De esta dependencia con el cuerpo el psiquismo extrae la lección de sus límites, tanto con respecto al interior como al exterior. *El psiquismo*, he escrito alguna vez, *es la relación entre dos cuerpos, de los cuales uno está ausente*. Si volvemos ahora a los aspectos clínicos que manifiestan explícitamente las salidas torrenciales del lecho del afecto: desorganización más o menos parcial del Yo (angustia, pánico, despersonalización), violencia pulsional actuada en los comportamientos antisociales, somatizaciones descompensadoras de conflictos psíquicos, éstos representan otras tantas polaridades extremas indicadoras de caminos tomados por una economía afectiva desheredada. Son para nosotros preciosos índices sobre los confines de la vida afectiva y asignan un límite al conocimiento que podemos tener de ellos, aún cuando los últimos años han traído importantes avances en regiones en las que poca luz había penetrado: en psicósomática y en el dominio de la delincuencia.

Representante psíquico de la pulsión y moción pulsional

Estas situaciones apenas se encuentran en la cura. No obstante, ¿habría Freud relacionado los cuadros que venimos de describir con aquellos que él toma como ilustración de su nueva teoría de las pulsiones, justo antes de reformular su concepción del aparato psíquico que debía introducir el nuevo concepto de Ello? Las transformaciones que han presidido el pasaje del inconciente al Ello son mutativas. Suprimiendo toda alusión a la representación, en todas las descripciones que dará del Ello a partir de ese momento –descripción de un carácter altamente especulativo– y a su reemplazo por la idea de mociones pulsionales, incluso más directamente de pulsiones, Freud quiere privilegiar, si nos mantenemos en relación con la clínica sin seguirlo forzosamente en sus especulaciones, tres aspectos relacionados con las descripciones precedentes: el arraigo somático (más directamente inferido que con el inconciente de la tópica precedente), la fuerza dinámica franqueando las fronteras entre las instancias, la compulsión de repetición que atestigua el débil control del Yo sobre las pulsiones. Incluso dejando de lado el espinoso problema de la pulsión de muerte, los cambios que Freud efectúa en dirección de lo que él cree es la verdad, son de una naturaleza que socava la moral de los analistas. Pues, ¿cómo dominar esas potencias rebeldes a la domesticación por parte de los aspectos más evolucionados del psiquismo, cuando se ha precisado que ellas son la “causa última de toda actividad” (Freud, 1978-1940) y, además, profundamente conservadoras? ¿Qué queda por ofrecerles a nuestros pacientes?

Es necesario desembarazarse de múltiples prejuicios para comprender que lo que lleva a un sujeto al análisis, en todos los casos, proviene menos de una preocupación por curarse que de una necesidad compulsiva de rehacer su historia para proseguir con su vida; historia de la cual no sabe cómo él desea, al recrearla, hacerla distinta, y por la cual debe pasar a riesgo de pagar él mismo los gastos de la ficción que desea ver realizada. Esto no significa que la cura no pueda encontrar su lugar en ese proyecto, pero no está ligada de manera esencial al deseo inconciente de hacerse analizar. Cuando pensamos en los numerosos colegas a los que el análisis ha conducido a un escepticismo que les hace buscar todos los pretextos a su alcance para favorecer los modos

de pensamiento que les son extraños, dudamos que la cura haya sido la meta de su empresa analítica personal, ya que si ése era el caso, no habrían tenido casi necesidad de ir a buscar en otro lado.

Esto es lo que Freud comprendió al sostener juicios considerados decepcionantes, que llamaban nuestra atención sobre la débil plasticidad de los componentes del Ello, sobre su valor determinante “último” en la evaluación de nuestras actividades y la influencia limitada de nuestros funcionamientos más abiertos a consideraciones menos primitivamente apremiantes. Esta es la razón que le hizo preferir la definición de fundamento del psiquismo en términos de Ello, zanjando su duda anterior entre mociones pulsionales y representaciones. Porque ambas coexisten en la “Metapsicología” (Freud, 1915), mientras que sólo las primeras serán mencionadas en el último modelo del aparato psíquico (Freud, 1923).

Es en el artículo sobre *La Represión* donde se encuentra más claramente expresada la idea de un *representante psíquico* (psychische Repräsentanz o psychischer Repräsentant) formado por dos componentes, uno ideacional (el Vorstellung Repräsentanz) y el otro afectivo, definido cuantitativamente (quantum de afecto) (Freud, 1915)⁴.

⁴ Hay que remarcar que el término “psychische Repräsentanz” no figura en su denominación alemana en su entrada (Représentant psychique) [Representante psíquico] en el *Vocabulaire de la psychanalyse* [Vocabulario de psicoanálisis] de Laplanche y Pontalis. Ahí se afirma, en la entrada del artículo que precede a “Représentant de la pulsion” [Representante de la pulsión] (pp. 410-411), que “representante de la pulsión, representante psíquico, representante-ideativo [son] términos cuyas significaciones se recubren en gran parte, a tal punto que son intercambiables”, lo cual es manifestamente inexacto. Ver “Le refoulement” [La represión], p. 55, trad. J. Laplanche y J.-B. Pontalis: “Para designar ese otro elemento del representante psíquico (el destacado es mío), se admite el nombre de *quantum de afecto*.” Resulta claro entonces que el representante psíquico comprende un elemento de representación (*Vorstellung Repräsentanz*) o representante-ideativo, y otro elemento, el quantum de afecto. En la traducción del mismo pasaje de las *Oeuvres Complètes* [Obras Completas] (volumen XIII, p. 197), bajo la dirección científica de Laplanche, la diferencia es escamoteada. “Para este otro elemento de la *representancia psíquica* [représentance psychique] (el destacado es mío)...” La globalización operada bajo la denominación de representancia, hace desaparecer la especificidad del representante psíquico. Esta es sin embargo claramente manifiesta como muestra la consulta del artículo de *Représentation-Représentant psychique* [Representación-representante psíquico] en A. Delrieu, 1997, pp. 1159-1162. También notaremos la omisión de ese mismo psychische Repräsentanz en el Glosario de *Traduire Freud* (A. Bourguignon, P. Cotet, J. Laplanche, F. Robert, p. 329), mientras que representancia

El capítulo sobre el “Inconciente” guardará una ambigüedad, ya que Freud define los procesos primarios refiriéndose a las mociones pulsionales o a las mociones de deseo, pero por esa época sólo concibe el inconciente como formado por representaciones, opinión sobre la cual volverá en *El Yo y el Ello* (Freud, 1923), sin por ello formular de forma igualmente clara el status del afecto inconciente, del cual sólo podía asegurar que está desprovisto de cualidad. Sin embargo, anota que las sensaciones surgidas de percepciones internas provienen de capas diversas del aparato psíquico “y ciertamente de las más profundas” y que son “más originarias, más elementales que las que provienen del exterior”, por lo tanto de las fuentes de “representaciones inconcientes.” Nunca dejará de subrayar sin embargo la agudeza perceptiva del Ello en la oscilaciones dinámicas de los estados pulsionales que lo habitan.

Resumiendo:

- es en lo concerniente a lo reprimido que Freud plantea claramente la distinción entre representación y afecto, postulando un estado en donde pueden no distinguirse: es el representante pulsional o psíquico;
- en cuanto al inconciente, en 1915 está exclusivamente formado por representaciones, ya sea en el sentido de representante-ideativo [représentant-représentation], ya sea de representación de cosa o de objeto. Los afectos reprimidos son reducidos al estado de rudimentos, pero pueden sin embargo aglomerarse en “construcciones”. No obstante, la descripción de los procesos primarios remite a mociones pulsionales o mociones del deseo, dicho de otro modo a representantes de la pulsión (de donde

es traducido a veces como *encarnación* [incarnation]. Henos aquí lejos del concepto límite entre psíquico y somático, que expresa un movimiento inverso del cuerpo al alma. En cuanto al caso en el que Freud escribe “el representante psíquico (representante-ideativo de la pulsión)” (Le refoulement, en *Métopsychole*, Laplanche y Pontalis, p. 48), no se trata de una redundancia sino de una precisión en cuanto al elemento del representante psíquico del cual trata, como escribirá más adelante: “El contenido representativo del representante pulsional...” (loc. cit. p. 60). Resumiendo, representante pulsional y representante psíquico son sinónimos y engloban al representante-ideativo así como al quantum de afecto. Más delicada es la homogeneización de la terminología cuando se trata de representación de cosa o de objeto. Es entonces imposible afirmar que no hay más que una diferencia verbal que dé cuenta de los usos entre representante psíquico y representante-ideativo (artículo Représentant psychique). [Las referencias a las obras corresponden a ediciones francesas. N. de la T.]

derivarán los diferentes tipos de representaciones de objeto y luego de palabra).

Ese estado de la teoría anuncia el reflujo previsible del pensamiento de Freud por encima de la distinción entre representación y afecto. Lo que fue designado como representante psíquico de la pulsión se parecerá bastante a las mociones pulsionales que el aparato psíquico de 1923 presentará como material del Ello; *toda alusión a la noción de representación (de cosa o de objeto y menos aún de representante-ideativo) desaparece de ahora en más.*

El movimiento teórico insta a Freud a rechazar el fundamento de la organización psíquica a “un material tal que la división en afecto y representación resulte imposible” (Green, 1973). ¿Por qué la *Metapsicología* de 1915, haciendo alusión a esto con la noción de representante psíquico, no había creído necesario detenerse en ello, y por qué volver a él más tarde? Por dos razones: la primera es que el material de la reflexión de 1915 es el de las psiconeurosis de transferencia, y que las representaciones que ellas revelan permanecen bajo la dominación del principio del placer; la segunda es que el trabajo clínico referido al inconciente y fundado en gran parte en las representaciones, a menudo fracasará ulteriormente, más aún en la medida en que Freud descubre un “más allá” del principio del placer.

Ya la *Metapsicología* revelaba índices sobre la necesidad de tener en cuenta algo más que las representaciones. El artículo sobre el inconciente subraya el valor de la investidura de objeto. Hasta ahí (en particular en el artículo sobre la represión), la investidura no concernía más que la carga cuantitativa cuyas representaciones estaban cargadas, su fuerza agregada, por así decirlo. Ahora, la investidura de objeto atañe a un proceso que no se reduce a la investidura de las representaciones en el inconciente. La investidura de objeto designa algo más que representaciones: un vínculo mantenido en el seno mismo del sistema que no conoce más que la realidad psíquica y los objetos referentes de la realidad exterior: “...la carga de objeto queda tenazmente conservada [...] y una sutil observación de proceso represivo nos ha forzado a admitir que dicha carga perdura en el sistema Ics a pesar de la represión” (Freud, 1915), en la neurosis a diferencia de la psicosis. “El sistema Ics contiene investiduras de cosa de los objetos, las primeras y verdaderas investiduras de objetos”.

En *Duelo y melancolía*, la elaboración metapsicológica distinguirá los procesos referidos a las investiduras, de los que aquí se trata, de aquellos relativos a las representaciones que juegan en ese último caso un rol mucho menos importante.

En efecto, el sostén puesto en la representación encuentra desde el final de la *Metapsicología* sus límites por todos lados: el de su coexistencia y su equiparación con el afecto, el de su relación con la alucinación (que sería la forma adoptada por la descarga psíquica en lo que a ella le atañe), el de su relación con la investidura de objeto. Todos signos anunciadores de su futura decadencia. Sin decir nada de lo que Freud denomina “inervación corporal”, relativa tanto a la conversión histérica como a las manifestaciones psicomotrices e hipocondríacas a veces delirantes.

Era necesario modificar las concepciones sobre el afecto, en la medida en que las más de las veces éste era reducido al estado de acompañante del canto de la representación. Lo que dejan sugerir las posteriores descripciones del Ello en Freud, es que nos encontraríamos frente a un estado más allá de la distinción entre afecto y representación, en el mejor de los casos, y en el peor frente a lo irrepresentable. Lo que hay que agregar es que son “afectos críticos” siempre listos a volcarse en formaciones psíquicas lo más alejadas posible de la representación. A fin de cuentas, diremos que la *moción pulsional es lo que dará nacimiento al afecto, una vez que ha tenido lugar el encuentro con la representación de objeto*. Decir del afecto que es el producto derivado de un “movimiento en busca de una forma” (Green, 1985), es concluir con Freud que ese representante psíquico de la pulsión que busca la satisfacción, va a movilizar las huellas de las representaciones de objeto dejadas por anteriores experiencias de satisfacción. De este encuentro entre las excitaciones provenientes del cuerpo periférico y la memoria dinamizada de los objetos que aportaron la satisfacción, nacerá la diferenciación entre representante-ideativo y afecto, resultado de la elaboración psíquica. *El representante-ideativo es la representación de objeto investida por la parte del representante pulsional psíquico venido del cuerpo, solicitando aquello que es exterior a él mismo con el objeto de que sobrevenga cuando menos un cambio en el psiquismo, mientras que el afecto es la prosecución dinámica de lo que, partiendo del cuerpo, vuelve a él siendo portador en*

forma inmediata de las esperas, las esperanzas y los miedos del encuentro deseado con el objeto.

Eligiendo la denominación de moción pulsional, Freud pretende poner el acento en el movimiento que es aquí inseparable de la idea de transformación de estado, etapa inicial de la comunicación de un sentido. Es lo que va a precisar al decir que en el “trayecto de la fuente a la meta, la pulsión se vuelve psíquicamente activa” (Freud, 1933). Winnicott tendrá en mente una formulación similar cuando nos proponga la imagen del *viaje* del objeto subjetivo al objeto objetivamente percibido, creando el niño el objeto cuando está cercano a su encuentro, antes de que éste tenga lugar. Tal modelo adquiere su valor del hecho que en ausencia de encuentro con el objeto de la realidad, será la captación del movimiento por los procesos primarios la que se ofrecerá como sustituto provisorio, que ciertamente no aportará la satisfacción deseada pero enriquecerá la complejidad del aparato psíquico al asegurar la posibilidad de desarrollos casi ilimitados por las conexiones establecidas entre inconciente, preconciente y consciente. No obstante, lo que modifica radicalmente las descripciones de 1923 con respecto a las precedentes, es que las mociones también podrán ser portadoras de una destructividad que ya no podremos vincular con un tipo de satisfacción y que amenazan con deshacer la complejidad de la cual acabamos de hablar. Tal es la apertura que permite la moción pulsional más acá de la representación.

Encontramos en algunos analistas muchas resistencias a concebir estados psíquicos en donde afectos y representaciones no estarían simultáneamente presentes en el inconciente (O. Kernberg, 1976, 1982; D. Widlöcher, 1992). Esto es sin embargo lo que implica el contenido dado a la instancia Ello. Ya sea que lo admitamos o no, la pregunta planteada seguirá siendo la misma: *¿reconocemos la existencia de fenómenos psíquicos que no pertenezcan a la conciencia, de los cuales no podemos dar cuenta por medio de su caracterización en términos de representaciones inconcientes?* Si la respuesta es afirmativa, ¿cómo darle una validez teórica que permite el reconocimiento por la experiencia clínica y cómo concebir la organización que las reúne?

Las teorizaciones post-freudianas han creído encontrar una ventaja heurística al eludir el problema, negándose a dejarse encerrar en los callejones sin salida de las relaciones entre

representación y afecto. Ellas han propuesto las perspectivas alternativas de relaciones de objeto, intercambios entre sí y el objeto, incluso interacciones transfero-contratransferenciales, sin otra preocupación que la de definir su funcionamiento. Si bien es indiscutible que esos cambios de vértice han abierto nuevos horizontes, *también es innegable que ninguna de las soluciones alternativas ha respondido a las preguntas planteadas por Freud: relaciones entre lo psíquico y lo somático, relación en el seno del psiquismo entre los derivados de las exigencias corporales en razón de su prematuridad y aquellas nacidas del contacto con los objetos externos, que poseen la capacidad de responder a ellos, trabajo específico y modos de pasaje de la representación del mundo de las cosas al mundo de las palabras, articulación entre objetos externos y sus formas en el mundo interno, diferencias entre representaciones e investiduras, oposición entre realidad psíquica y realidad exterior, modos de superación de las pérdidas de objeto, etc.* Esta enumeración se limita al enunciado de los problemas sin hacer intervenir las respuestas que Freud les ha dado. ¿Podemos decir entonces que se trata de falsas preguntas? Hemos visto que la clínica continúa remitiéndonos a este tema, ya sea bajo la forma de fallas en la actividad representativa (estructuras no neuróticas), o bien más radicalmente aún por la parálisis de la capacidad de análisis bajo el dominio de lo irrepresentable, ya entrevista a partir de Ferenczi y ampliamente retomada en el reconocimiento de las formas extremas de angustia (temor de aniquilación, Melanie Klein; angustias sin nombre, Bion; angustias suplicantes, Winnicott; depresión esencial, Pierre Marty; reducción del doble límite, André Green, etc.). Es notable que autores tan diferentes como Bion y Piera Aulagnier, el primero formado en el pensamiento de Melanie Klein, la segunda en el de Jacques Lacan, hayan buscado identificar el material psíquico que recubra un campo menos limitado que aquél de la representación. Es así como nacieron las nociones de *ideogramas* (Bion, 1963), de *pictogramas* (Piera Aulagnier, 1975), que van en el mismo sentido que el mixto indisociable de representación y de afecto (Green, 1970, 1973). A mi entender, todo esto se inscribe en la filiación implícita de los conceptos freudianos de representante pulsional, representante psíquico (de la pulsión) y finalmente mociones pulsionales. La creación del segundo modelo del aparato psíquico contribuyó en gran medida a aclarar la cuestión.

Todas esas nuevas denominaciones no pueden ser comprendidas haciéndolas derivar sólo del concepto de afecto inconciente. Parece ser más esclarecedor relacionarlas con el concepto de moción pulsional.

II. SINGULARIDAD DE LOS ESTADOS DE INDISCRIMINACION AFECTO-REPRESENTACION OBSERVACIONES

¿Cómo dar una descripción lo suficientemente general y al tiempo bastante precisa, cuando las observaciones que realizamos parecen estar tan singularmente ligadas a la idiosincrasia de cada paciente? Así, hay que considerar lo que viene a continuación como un horizonte –ciertamente muy limitado– ya que ningún analista podría encontrar toda la gama de las manifestaciones posibles en donde cada uno podrá aprovechar algunos aspectos cuyo conjunto, incluso incompleto, hace sentido.

1. Caracteres generales

La clínica de los estados límites y, de modo más general, de los estados no neuróticos, ha dado lugar a descripciones en las que es muy difícil analizar el material de esos pacientes, teniendo en cuenta lo que tiene que ver con las representaciones y lo que se refiere a los afectos. Entre las razones que explican este estado de cosas, la indiscernibilidad de los afectos directamente percibidos por el paciente o suscitados por la contratransferencia en el analista, es absolutamente sorprendente. Esta situación va de la mano de una confusión de afectos muy marcados por la ambivalencia, en donde los conflictos internos no llegan a ninguna solución de compromiso provisoria, producción de síntomas mediante, sino que dan la impresión de una herida abierta que afecta al psiquismo más allá de la sintomatología. La transferencia es tan temida como exigente, siendo que las reacciones negativas emanan tanto de sus manifestaciones directas como de la defensas elevadas contra su desarrollo. La situación se ve agravada por la conjunción entre las manifestaciones negativas de odio, envidia, impotencia e inaccesibilidad a las interpretaciones. Retomando la fórmula de Freud según la cual el objeto es

conocido en el odio, estaríamos tentados de completarla afirmando aquí que, además, el odio es la vía por la cual el sujeto llega al conocimiento de sí. Por otro lado, en particular cuando la transferencia se encuentra activada, el paciente oscila entre un estado de parálisis del pensamiento y de incomunicabilidad de lo que siente, no únicamente porque los afectos no son ya verbalizables sino también porque se vuelven inidentificables por él, al tiempo que lo subyugan, ya que aquí su existencia no está negada. Más que de una construcción de afectos hablaremos aquí de una confusión de afectos, que ya no remiten a representaciones sino a lo irrepresentable. En esos momentos, el analista comparte en su fuero íntimo la perplejidad de lo informulable, ya que él mismo, desde el momento en que sale de una apreciación global sobre la angustia subyacente, se encuentra cercado entre estados emocionales pantanosos que no concuerdan más que con una representación muy parcial de la situación del momento, particularmente pobre en contenido, de donde espera ver emerger alguna figuración aprehensible, o formar la fantasía de una figurabilidad imaginaria que escaparía a la represión y con la cual entraría en resonancia gracias a una cierta empatía (C. y S. Botella). No es raro que en ese momento acudan a su mente reminiscencias teóricas, no bajo la forma de ideas sino de una suerte de configuración formal a la vez abstracta en su contenido y desgarradora en su vivencia afectiva, sin que por ello pueda unirlos a la comprensión de lo que ocurre. Hay ahí una forma de sentir específica de la situación analítica, que no sé si podemos encontrar en otro lado salvo quizás en la creación artística, con la diferencia que esta última se produce en una experiencia solitaria y se resuelve parcialmente en la obra que de ella surge.

El motivo de esta situación se adivina en una movilización permanente contra un objeto del cual esperamos todo, mientras que no podemos recibir nada de él. Cuando el conflicto permanece en lo intrapsíquico, no podemos decir que se desarrolla en relación a representaciones inconcientes que han constituido defensas contra la angustia, sino que hay movilización masiva de la actividad psíquica que parece –sean cuales sean las apariencias– en pie de guerra, oponiendo a las interpretaciones del analista respuestas que van desde la insensibilidad al rechazo más radical. Todas las descripciones de las que tengo conocimiento, algunas provenientes de analistas veteranos, otras de

colegas menos conocidos que me han hecho llegar sus observaciones conociendo mi interés por esos problemas, concuerdan. Tales situaciones analíticas provocan en el analista sentimientos de impotencia, la impresión de estar fuera de contacto con los aspectos inconcientes del paciente o de su historia, el retorno de lo que el analista comprende de los afectos del paciente que no encuentran eco. No estamos lejos de una pérdida de confianza en la competencia del analista, el cual llega a poner en duda la eficacia del análisis mismo. Este punto de vista es expresado de modo más o menos idéntico en la literatura psicoanalítica contemporánea (Winnicott 1971, Milner 1969, Searles 1965, Bollas 1992, Kohon 1998, entre otros). Es asombroso constatar que reacciones idénticas se encuentren tanto en los analistas avezados en la técnica de las relaciones de objeto, como en los que guían sus análisis según las líneas de orientación más clásicas.

Un rasgo notable de esos análisis es que asombran por la ausencia de lo que yo llamo las *formaciones intermedias*, que constituyen puentes entre la actividad psíquica denominada, según las preferencias, pulsional, arcaica, primitiva, etc., y la de la comunicación conciente. Todo ocurre como si la asociación libre representara para el paciente un riesgo demasiado grande, por el relajamiento del control sobre los pensamientos, fantasías, afectos, de acarrear ya sea una desorganización importante, o bien la inmersión en un estado de dependencia irremediable.

Si admitimos la idea de que lo propio del afecto es un proceso que tiende a la difusión y a la extensión fuera de las fronteras del psiquismo, es evidente que el mayor riesgo que éste le hace correr a la organización del Yo que es su asiento, es la pérdida de dominio sobre las excitaciones. ¿Cómo reacciona entonces el psiquismo frente a afectos que no puede aceptar, ya sea a causa de su cualidad reprobada por el Superyó, o bien por la amenaza de desorganización que acompaña su desarrollo irrefrenable? Varios procedimientos están a su disposición.

a) *Las defensas*

La *supresión* [répression] de los afectos es sin duda la más usual y la más generalmente aplicada, más aún en la medida en que va en el sentido del dominio de los afectos exigidos por la educación y la vida en sociedad, salvo en períodos en que un

cierto descontrol es autorizado (por ejemplo el Mundial de fútbol). En los neuróticos, la defensa puede limitarse al aislamiento. ¿Supresión significa entonces también desaparición hasta en el inconciente? Podríamos pensarlo si determinados ejemplos particularmente significativos no alegaran a favor de lo contrario: es el caso del sentimiento inconciente de culpabilidad que es menos explicable por una reconstitución de los afectos a nivel conciente en cada circunstancia en que es solicitado, que por la impresión de una matriz psíquica inconciente presente en estado permanente y que conduce a la expresión de afectos o conductas autopunitivas desde el momento en que el sujeto se autoriza una cierta expansión. Los mecanismos de disfraz más particularmente evocadores del afecto se centran alrededor del *doble retorno* (vuelta sobre la propia persona y vuelta en su contrario) que supuestamente deben actuar, según Freud, antes de la intervención de la represión. Podríamos agregarle la producción de afectos simétricos a aquellos del objeto o complementarios a los suyos, incluso opuestos simultáneamente a los que son transmitidos en el contacto intersubjetivo. No hay duda de que los mecanismos de *introyección* y *proyección* no se conciben fuera de una base afectiva predominante, pero se podría sostener también que la superan.

Podríamos considerar que todos los mecanismos de defensa, en la medida en que se supone deben prevenir la angustia, deberían ser citados aquí. Pero hemos escogido aquellos que se dirigen electivamente hacia los afectos que los desencadenarían. Si la proyección permite una “ubicación” de los afectos fuera de sí, lo cual supone una cierta exteriorización, ese procedimiento defensivo permanece en la esfera psíquica, si ella es transportada hacia el otro, es decir que es susceptible de reajustes e incluso de reconocimiento gracias al análisis de este mismo hecho. Muy distinto es el caso de los otros dos destinos del afecto: el de su *expulsión por el acto* que se supone debe aliviar la tensión intrapsíquica que éste engendra, o más radicalmente aún la *somatización*.

b) Formaciones del inconciente

Si nos dirigimos ahora hacia las principales polaridades de la actividad psíquica tal como el psicoanálisis permite observarlas,

descubriremos particularidades notables. Las producciones psíquicas que vienen en ayuda del trabajo analítico para acercarse tanto como es posible al inconciente, dejan de asegurar esta función. Quiero hablar de los sueños. Estos no están ausentes ciertamente, pero rara vez son evocados: cuando el paciente tiene conciencia de haber tenido uno, a menudo se encuentra afectado por la amnesia; y cuando lo recuerda lo contará, o bien con cierto retraso con respecto al momento en que tuvo lugar (limitando el trabajo asociativo), o incluso lo silenciará. Durante mucho tiempo serán temidos, y servirán menos a un trabajo de aprovechamiento elaborativo que a una modalidad de erupción psíquica, ya que por momentos tendrán un carácter muy crudo; sus mensajes retornarán al estado inconciente sin dejar rastro, a pesar de su surgimiento en la conciencia y de su entrada en escena en el seno de los procesos transferenciales. Más tarde, cuando sean tolerados como pudiendo convertirse en un objeto de investigación tendrán, de modo privilegiado, una función de alivio, entendidos como intentos de disminuir la tensión más que como una fuente de revelación de un sentido inconciente, aunque la primera función exista. Paralelamente, *la actividad fantasmática* es rara en sesión, pobre, rápidamente detenida, o bien adquiere un carácter que hace sentir que la separación con respecto a la realidad ha disminuido, ya que se trata menos de exponer un modo de pensamiento que se ha separado de la conciencia y se distingue en tanto tal, que de dar una versión imaginaria considerada equivalente de las percepciones de la conciencia y que apenas se deja analizar como expresión de deseo conciente.

c) Sobre lo real y lo alucinatorio

Por supuesto, una parte considerable es consagrada a los *relatos de los sucesos de la vida*. Estos representan un modo de aferramiento a lo real que le permite al sujeto una objetivación, una razón suficiente para explicar lo que siente. Ese recurso a la realidad es testigo de una vigilancia ante la tentación que podría surgir de dejarse llevar a un funcionamiento asociativo, sentido como una invitación a una forma loca de hablar. Una misma rigidez se encuentra en lo que podemos aprehender de las relaciones con los objetos externos. Estos siempre son utilizados para justificar afectos dolorosos causados por la incomprensión, la

indiferencia, la malevolencia del prójimo. El carácter de las relaciones con experiencias pasadas es totalmente desconocido.

Nos sorprenden ciertas formas de solidificación de la relación con los *objetos internos*. Winnicott ya había señalado que en esos casos el analista no representaba a la madre sino que era la madre. Yo agregaría a continuación que el analista termina por experimentar el sentimiento de una *presencia alucinatoria* de la madre en la sesión entre él y el analizando. Esta presencia es un testimonio de incompatibilidad entre el trabajo analítico que se realiza en el análisis y la fijación interna, constantemente mantenida, con el objeto primario. Cuando el sujeto intenta desprenderse de su fijación, parece querer creer y hacer creer en la intrusión del objeto primario para la defensa de su lugar de comando de la actividad psíquica. Ocurre en efecto que el término fijación resulta aquí demasiado aproximativo; se trata de hecho de aprehensión, de la cual he mostrado en otro lado que es el contrario del vínculo en la medida en que traduce una posición de inmovilidad, mientras que el vínculo se abre sobre la perspectiva de sus transformaciones en otras formas que, manteniendo una relación entre diferentes constituyentes, hace pasar su temática por canales de comunicación que permiten abordar la relación inicial bajo ángulos diferentes y contextos más amplios. La *compulsión de repetición* se pone aquí en marcha con una constancia impresionante. Esta atañe tanto los actos de la vida, las relaciones con los objetos (internos y externos), los afectos transferenciales como la imposibilidad en la cura de aceptar referir lo que ocurre a relaciones anteriores. La técnica del *hic et nunc*, a pesar de las apariencias, no mejora la situación. El lugar tomado por la negación se dirigirá a la naturaleza interna de los fenómenos analizados, o a la relación que mantienen entre ellos.

d) *La transferencia*

El motor de la acción psicoanalítica es la *transferencia*. Su dato esencial implica –más allá de la división afecto-representación– la puesta en movimiento de la actividad psíquica, invistiendo un objeto inconciente y haciendo comunicar las huellas dejadas por los objetos del pasado con el nuevo objeto de la situación analítica, en una formulación nueva y original. La transferencia favorece la activación de los componentes psíquicos más particu-

larmente relacionados con el aspecto dinámico de los procesos, a saber los afectos. Su forma difícilmente comunicable es un obstáculo para el análisis y para el descubrimiento de que podrían vehiculizar otras significaciones. Es por ello que el acceso de un sujeto al reconocimiento de los afectos inconcientes suscita resistencias muy fuertes, especialmente en el análisis de los estados de placer inconciente que se traducen, bajo el efecto de la represión, por un displacer conciente. Lo mismo ocurre cuando buscamos develar las satisfacciones que subyacen a ciertos comportamientos relacionados con el masoquismo moral. En efecto, si una mediación debiera intervenir aquí para ayudar a la toma de conciencia, éste sería la identificación, que es sin duda la forma privilegiada del reconocimiento afectivo. Sin embargo, ésta puede así favorecer la confusión entre los aspectos concientes del material. La *identificación* debería ser siempre remitida a las hipótesis relativas a la comunicación inconciente. Más aún en la medida en que la identificación primaria con el objeto se encuentra en las formas primitivas del narcisismo. La paradoja es entonces que la expresión más íntima de la subjetividad tenga necesidad de su resonancia sobre otro para recibir su sentido. De ahí la importancia de la participación de los afectos en la situación analítica (C. Parat, 1995).

La *limitación de las capacidades de representaciones* deriva directamente de aquello. Esto se observa sesión tras sesión y a menudo justifica el cara a cara; la posición del analista oculto a la vista sólo acarrea un sentimiento de vacío que ninguna producción fantasmática puede colmar, y que se traduce por la necesidad absoluta de contacto perceptivo, debiendo apoyarse la representación en un fundamento exterior. La ausencia del analista engendra la angustia de no poder proveerse a sí mismo de ninguna representación referente a éste —lo que no está lejos de una vivencia de muerte—; ésta apela al auxilio aportado por una información, que frecuentemente he tenido que dar, acerca del lugar en el que se encuentra cuando el análisis se interrumpe. Esta angustia ligada a la incapacidad de representar tiene sin duda como fundamento un estado de desamparo psíquico, y el deseo de evitar un sentimiento de frustración invasor, generador de ira, de envidia, de impotencia. La soledad es aquí el afecto dominante. Ella es el resultado de un encierro narcisista debido a la imposibilidad de reconocer el carácter legítimo de las angustias o la

complejidad de las reacciones emocionales, a veces acompañadas por el deseo de no dejar penetrar la intensidad del desasosiego.

Pasaje al acto y somatización

Los *pasajes al acto* sucesivos y por momentos casi ininterrumpidos pautan esas transferencias. Ellos traducen menos un deseo de satisfacción pulsional que comportamientos de huida y evitación. A menudo parecen motivados por una necesidad de disimulo, que uno termina por atribuir al deseo de ocultarles a los otros lo que es sentido como una locura privada (Green, 1990). Pero sólo se trata de un aspecto superficial. La mayoría de esas actitudes de búsqueda son el resultado de prohibiciones superyoicas inconcientes, impidiendo cualquier aprendizaje por la experiencia, cualquier acercamiento de contacto que se tradujera por algo distinto a una decepción, cualquier actividad que vaya en el sentido de un desarrollo de sus capacidades. ¿A dónde van entonces las satisfacciones no pulsionales inconcientes? A la satisfacción de un masoquismo inconciente cuyo rol es la alienación de un objeto interno del cual es imposible separarse. La razón de este estado de cosas se relaciona con afectos destructores muy poderosos –cuyo deseo de muerte es la expresión muy elaborada, pero que en este caso no alcanza jamás el status de un simple deseo. Es una presencia lancinante que sería como el doble fondo de todo trabajo psíquico. Lo propio de esta destructividad es el dirigirse a un objeto del cual se es interiormente por completo dependiente. Dependencia con respecto al amor del objeto, pero un amor cuyas formas primitivas (“ruthless love”, escribe Winnicott) dan testimonio de ser inseparable del narcisismo más vital constitutivo del Yo del sujeto. Este último ha introyectado –se trata del aspecto menos visible de la dependencia– los modos de pensar más paradójicos del objeto, que a fin de cuentas prohíben cualquier visión de conjunto de aquél. Ninguna imagen puede formarse a este respecto –un efecto más de la limitación de la función de representación. La puesta en evidencia de las incoherencias afectivas del objeto, tal como es rememorado o reencontrado a través de sus desplazamientos hacia objetos actuales, no consigue dotarlo de una imagen personal compleja, pero atestigua una prohibición de identificarlo por

el pensamiento. Y como el pensamiento no puede nunca renunciar a esta tarea aguijoneada por el deseo de ver al Yo ejercer un cierto control, tanto sobre el objeto como sobre las manifestaciones que éste provoca, su funcionamiento se convierte en la ocasión de una lucha incesante y sin salida. Fuerza debe quedar en el objeto, al cual se le debe un sacrificio, a la medida de las numerosas muertes de las representaciones que han vaciado la psiquis de sus potencialidades dinámicas y transformadoras. Nada es más impactante que los fenómenos de alucinación negativa del pensamiento (en sus aspectos preconcientes relacionados con las palabras) en donde las manifestaciones de negativismo activo, suspendiendo la actividad psíquica (“No escucho nada de lo que usted dice”) o pasivo (“A partir de cierto momento he dejado de escucharlo”), inmovilizan la progresión del trabajo analítico.

Si diversos grados y diversas expresiones son aquí posibles, desde las disfuncionalidades que sólo tienen el valor de una regresión tópica, hasta formas más crónicas de difícil acceso para la interpretación como la hipocondría (a menudo ligada a la psicosis), puede llegar hasta estados psicosomáticos propiamente dichos, en donde la abolición de los afectos puede estar acompañada de alexitimia, la cual impide reconocer y verbalizar aquellos afectos que han conseguido atravesar el umbral de la conciencia.

Esta adopta por momentos aspectos extraños; si las más de las veces traduce la consecuencia de experiencias psíquicas en donde se decreta que no hay nada para ser pensado —mientras que el psicótico se esfuerza por pensar lo impensable—, éstas adoptan a veces la forma de una captación secuestradora y mutilante. Un paciente que en cierto momento vivió en el mismo barrio que yo y con el cual me cruzaba a veces en la calle, me dijo un día: “Me encuentro alternativamente fascinado por su bufanda roja y por la fantasía de mi amiga diciéndome que le gustaría acompañarme desnuda bajo su abrigo” (esa fantasía era expresada con el claro objeto de desviar a mi paciente de la importancia que yo tenía para él). Algunos días más tarde se le presentó una blefarokonjuntivitis severa que requirió de cuidados. De un modo general, *la impregnación corporal* es una eventualidad siempre presente y poderosamente rechazada. Así, un paciente se ve obligado a renunciar a su colonia porque se da cuenta que es la misma que

uso yo. “Usted y yo, la misma, sería un horror.” Y un momento más tarde: “al entrar en este cuarto sentí un olor como el que hay en un cuarto después de haber hecho el amor”. Nos encontramos aquí en los márgenes de la alucinación. Se encuentra en potencia en la relación, la sabemos cercana a desbordar el vínculo con la realidad. Si podemos ver que se trata aquí de una referencia a las zonas erógenas, es su difusión al conjunto del Yo lo que caracteriza el proceso. Vemos entonces que el pensamiento debe estar siempre al acecho para vigilar no solamente lo que ocurre en la esfera psíquica, sino lo que en cualquier momento puede desbordarla.

2. *Caracteres clínicos particulares*

– El sentimiento de *desborde* es la expresión más característica de esos estados. Este es el caso cuando se trata de la angustia, pero no se limita a este afecto. La angustia no puede faltar en cuadros en donde otros afectos están presentes: depresión, impotencia, rabia, envidia, etc. De forma general, es la imposibilidad de luchar contra esta invasión lo que se experimenta de manera más dolorosa. Entenderemos que el medio de defensa de los Yoes más organizados será el de llegar a una insensibilidad que va hasta la inafectividad (J. McDougall, 1989). Pero más impactante aún es el intento del paciente en los momentos agudos por bloquear todo proceso afectivo, poniendo en marcha una defensa radical: la inmovilidad psíquica –de hecho, la muerte aparente–, donde toda vitalidad corre el riesgo de provocar el desencadenamiento de los afectos destructores o autodestructores. Con frecuencia se presentan en ese contexto signos de despersonalización, que pueden no tomar la clásica forma de la crisis de despersonalización y traducir en el paciente un sentimiento de extrañeza y de desdoblamiento, acompañado de impresiones pseudo-alucinatorias (un paciente veía a Dios en el cielo, otro “escuchaba” a su madre, que vivía lejos, llamarlo en la calle mientras se dirigía a sesión). Numerosos son los pacientes que dicen vivir en una niebla permanente y recuerdan un período de su pasado en el que ese estado era constante. Esos estados confinan con lo indecible: el miedo de una relación cara a cara con un hombre, en el caso de una mujer en un contexto que no pertenece a la neurosis, desencadena la impresión de estar rodea-

da por una gran sombra que la envuelve por completo, de sentirse obligada a replegarse sobre sí misma, amenazada de aniquilamiento. Repliegue que termina por reducirla casi a una existencia psíquica mínima que la hace reencontrar su vacío interior. Una mirada fija e intensa, a menudo dirigida con hostilidad, intenta fascinarme. En efecto, ésta desvía la búsqueda de lo que pasa en ella hacia –o más bien contra– mí. Ella confesará que en esos momentos, contrariamente a lo que parece, se encuentra bajo el efecto de una alucinación negativa en la que deja de percibirme. Al acercarse a mi consultorio todo deja de tener importancia, se vuelve fútil, indiferente. “Tengo dos grandes agujeros negros en el lugar de los ojos; veo y no veo”. Y cuando me mira fijo, más tarde confesará: “De hecho no lo veo”.

– Es el *cuerpo* el que parece ausentarse en la proximidad de un encuentro, el cuerpo que deshabita al sujeto, siempre forzándolo a desencarnarse aún más. Esto continúa en la sesión: “Cuando hablo es usted el que se aleja, cuando usted habla es usted el que se acerca a mí y soy yo la que me alejo... Cuando me imagino hablándole como usted lo espera, asociando libremente, es su cuerpo el que se aleja de mí.” Esta variación de la distancia con el objeto descrita por Bouvet (Bouvet, 1956) desemboca de hecho en una verdadera desencarnación: “Mientras usted me hablaba y yo me forzaba para entender lo que decía, mientras más me forzaba menos entendía, las palabras se alejaban, la claridad de las palabras desaparecía, las consonantes se iban, no quedaban más que vocales. Todo eso se convertía en un enorme grito...” A veces el cuerpo expresa en su vivencia fenómenos afectivos que generalmente se expresan en el plano psíquico. “Me siento a la vez todopoderosa y menos que nada; eso lo siento en mi cuerpo.”

Junto con las incontables manifestaciones de *clivaje* coexisten estados en los que asistimos al levantamiento de las fronteras entre los diferentes sectores del psiquismo, especialmente cuando el sufrimiento rompe las barreras. Inversamente, a veces nos sorprendemos por la ausencia de reacción ante mensajes enviados por el cuerpo: porosidad del Yo ante las excitaciones tanto internas como externas, o bien segregaciones sin comunicación. Esta modalidad de trabajo de lo negativo apunta a lo más sutil de la comunicación. Esta defensa es tanto más urgente cuanto que el encuentro es fantaseado bajo un modo caótico y destructor. Imaginándonos como en el fresco de la Creación del mundo, Dios

y Adán con sus índices enfrentados, una paciente me dice que cualquier reducción de la estrecha separación debe supuestamente desencadenar una explosión que la haría desaparecer. Cualquier fantasía de placer es vivida como un cataclismo, haciendo desaparecer a los dos protagonistas. Y sin embargo esa distancia mantenida tampoco debe variar, ya que si ella aumentara el sujeto perdería no solamente al objeto sino que se perdería él mismo. Esto puede dar lugar sorprendentemente a fantasías sádicas violentas. En efecto, se trata menos de sadismo propiamente dicho que de la expresión de una fuerza pulsional bruta, pero que tiene la particularidad de nunca alcanzar fantasmáticamente un objeto que se oculta en el mismo minuto en que la meta podría ser alcanzada. Así, ese cuerpo invadido, sumergido, inundado por el afecto, oscila entre la explosión y la desaparición con, en el extremo, amenaza de pérdida objetual o desintegración del Yo.

Mientras que la *fantasía fusional* sigue siendo una exigencia predominante, toda imperfección en su realización es sentida como una herida narcisista intolerable y pone en duda hasta el modo de manifestación de la presencia del sujeto: siente el pánico de estar ahí “con todo su cuerpo” como susceptible de suprimir cualquier actividad psíquica. Una lucha intensa se instala para restaurar el narcisismo recurriendo a modos no corporales de expresión, entre los cuales se encuentra el trabajo intelectual en primera instancia, que se convierte en objeto de una persecución del pensamiento a causa del carácter siempre insatisfactorio del resultado, conduciendo a rumiaciones obsesivas. El afecto encuentra refugio en sensaciones somáticas erráticas (sensación de ardor en la cara, contracción de la mandíbula abierta que no puede volver a cerrarse, acceso de bulimia) o que pertenecen más claramente a los síndromes psicosomáticos. A veces, corto circuitos psicosomáticos bajo la forma de equivalencias simbólicas, aparentemente como reacción a la separación psíquica, o a raíz de la imposibilidad de entrar en contacto con el objeto, se traducen por una exacerbación de un síndrome de dolor físico. Es imposible defenderse de la impresión de que el dolor expresa la lucha entre un objeto secuestrado y el intento inacabado por desprenderse de sus vínculos, para crear otros nuevos bajo el modo psíquico. Esos momentos traumáticos movilizan grandes resistencias en la comunicación y la recepción de las interpretaciones, antes de que sus significaciones de desplazamiento

sean aceptadas por el sujeto.

– Se producen en sesión reactualizaciones de situaciones infantiles organizadas en escenarios fantasmáticos. No es extraño que algunos pacientes vayan a su sesión con un *sustituto de objeto transicional*, un almohadón, una tela que hace de manta, un objeto de la infancia raramente representativo como una muñeca o un oso. Durante largos años una paciente tuvo necesidad de hacer un ovillo con su abrigo o su impermeable para acurrucarlo contra sí como a un bebé (no había tenido hijos) mientras lo acariciaba. Ella entendía bien que podía tratarse de una representación de ella misma y de un intento por reencontrar un período en el cual era todavía hija única, una fantasía actuada en donde ella es a la vez su madre y ella misma. Esta explicación realista era contradicha por otra mucho más trágica. Al cabo de largos años ella me confesó: “El ya está muerto, pero grita”, ilustración de esos suplicios torturantes evocados por los autores modernos. “Cuando estoy bien, él desaparece y me reintegra.” Esa desesperanza es inseparable de una destructividad, toda relación positiva debiendo necesariamente traducirse por una decepción, una frustración. La regla es entonces no esperar nada para no tener que perder nada, pero es así como el principio del placer se encuentra invertido, dado que el sujeto juega a que el que pierde gana. Perder es seguro, ganar incierto y aleatorio. Así lo he señalado anteriormente: decirle no al objeto es más importante que decirse sí a sí mismo. Es que los afectos negativos son sentidos con una extrema violencia: la rabia que quisiera matar al objeto debe ser muerta ella misma (es decir conducir a una mutilación del Yo) para que el sujeto no sea muerto por ella. El paciente es conciente de esta destructividad interna. El movimiento de vuelta sobre la propia persona se pone en juego casi automáticamente cuando resulta imposible transformar el odio en apego. Esto es lo que ocurre con los deseos agresivos con respecto al objeto materno. “Cuando me lastimo es a ella a quien lastimo”.

– El *status del objeto* no consigue jamás una forma aceptable. “El analista no es nadie para mí, y aunque yo lo sepa me imagino que lo es todo.” Una actividad imaginaria se instala sin embargo, pero prácticamente no puede ser nunca presentada en sesión. “Entre yo, tal como soy cuando no estoy presente, y yo tal como cuando sí estoy, no hay ninguna relación”. Esos pacientes están

en una lucha permanente contra un peligro de pérdida. Pérdida del objeto, pérdida de las representaciones del objeto, pérdida de la investidura del objeto y, en el extremo, pérdida de la investidura del Yo que sucumbe a la seguidilla de sus esfuerzos defensivos, dividido entre el deseo de controlar el objeto y el de destruirlo.

– Cuando estamos en presencia de situaciones más cercanas a la psicosis –aunque permaneciendo en el cuadro de los estados límites– vemos aparecer esbozos de ideas transitorias, cercanas al *delirio*: hay que salvar al mundo de la destrucción –proyección del deseo de salvaguardar al Yo en riesgo de ser arrastrado por los deseos destructores hacia el objeto. En momentos de paroxismo, las personas más indiferentes, aquellas con las que nos cruzamos en la calle, parecen estar muriendo. Es como si la vida debiera estar bajo vigilancia permanente. Cito las palabras de una paciente: “Es la guardia, el acecho, el no pensamiento.” Y sin embargo los límites que separan a esos estados de las psicosis declaradas no son nunca atravesados. Un gran obstáculo para el alivio del sufrimiento es el miedo a ser libre. De ahí la paradoja de la sesión de análisis que debe permanecer bajo un control que limita mucho el provecho que pueda obtenerse, porque hacia el final de la misma el sujeto se encuentra en migajas [miettes] y no encuentra el medio de componerse para hacer frente a las exigencias de la realidad. Escucharse decir “eres libre” es la cosa más temida, sinónimo de abandono por parte del objeto, de levantamiento del control y del freno; queda el campo libre a una desmesura sin dominio definido y sin límites imaginables. La separación siempre es vivida no como el acceso a una autonomía sino como expresión de un deseo del objeto de desembarazarse del sujeto. Este se siente como apresado en una forma de encierro laberíntico, incomprensible, ya que todo lo que está vivo es temido.

– La comunicación se instala bajo auspicios extraños. “¿No es misterioso que usted me diga cosas incomprensibles y que yo responda con palabras que no entiendo?” Los fenómenos de *alucinación negativa* que podrían ser relativos a percepciones externas como al pensamiento, son desconcertantes. “Por más que trate de verlo en mis pensamientos es como si al mirar en un espejo viera un agujero negro.” Es en efecto lo que ocurría cuando ella estaba frente al espejo, no pudiendo ver sus rasgos a menos que ese primer reflejo estuviese a su vez reflejado por

otro. “No hay nadie, o más bien yo sé que usted está ahí pero no lo veo... Veo un espejo con un marco, todo negro. Cuando finalmente veo algo es un decorado de teatro. ¡Pero lo que a mí me gustaría ver para poder verme es a usted!”

Esas observaciones que dan mucho que pensar sobre el tema de *lo irrepresentable*, dan muestra de una función de representación cautiva de los derivados pulsionales. Esta función no puede desprenderse del objeto externo y tiene necesidad de englobarlo en lo imaginario que tiene lugar ahí, sin satisfacerse con su representación. Intento condenado a un fracaso doloroso. Porque este objeto es inalienable y nunca podría colmar los deseos del paciente. No se puede ni abandonarlo ni admitir que él pueda abandonar. Esos pacientes no pueden a veces dejar su domicilio: habiendo planeado salir no pueden atravesar la puerta, o bien habiendo llegado a la entrada del edificio vuelven a su casa sin poder dar razones para ello: “Hay como una cuerda que me retiene, y entro en pánico si intento pasar del otro lado; hay una voz que me dice: ‘No, no hay que hacerlo’.” Se trata menos de una exhortación del Superyó que de una absoluta dependencia, al precio de un sacrificio de sí mismo. Es como un peligro de ahogarse ahí también, de ser invadida, ante el pensamiento de “hacer lo que quiero y como quiero.” En el extremo, en sesión, la dirección de la palabra es delegada a la madre: en sesión es ella la que decide sobre la presencia o la ausencia, sobre lo que hay que decir y hacer. No se trata de una representación de la madre: ella está “en” la habitación. Esas fantasías en las que separación y devoración están asociadas, son proyectadas sobre el objeto materno. “Ella me impide vivir, capta el aliento vital en su provecho, me aspira para agarrar mis palabras, mis sueños, mis imaginaciones, mis asociaciones, mis ideas, y yo acepto porque es el precio que tengo que pagar para quedarme con ella”. En la vida, esta paciente huye al contacto con su madre y rechaza ocasiones de encuentro; en pensamiento, no la abandona jamás. En sus palabras no hay más que odio hacia la madre, en sus pensamientos todo traduce la importancia de los comportamientos de reparación en vistas a su conservación, no sin abandonar la desconfianza hacia ella. A veces, la relación con la madre tomará una forma casi alucinatoria. Así será en el caso de un paciente para el cual, estando acostado con su mujer, es su madre la que está en la cama. El dará muestras de una trágica soledad. “No

tengo nadie con quien hablar salvo usted”. Sin embargo, muy a menudo estas palabras son en vano. No pudiendo soportar las frustraciones de la ausencia, presa de una destructividad psíquica incontrolable cuando se le muestra esta situación, él dirá con razón: “Es paradójico querer matar a alguien a quien tenemos tantas ganas de tener cerca.” Esta soledad es contemporánea de estados de vacío, de inexistencia, o como si el vacío fuera la única cosa de la cual pudiera alimentarse. La propensión destructiva se vuelve familiar para el sujeto, sin embargo impotente para desviar el curso de aquélla. Podría ser que su meta última sea la de alimentar la necesidad de autocastigo. En la realidad, un control riguroso apunta a modelar a los otros según sus exigencias, con el objeto de evitar catástrofes amenazantes inducidas por ese comportamiento.

La negación de los afectos puede alcanzar formas extremas: “No sé lo que usted entiende por deseo. Veo que los otros pueden tenerlo (comprar un auto o una casa de campo, viajar, encontrarse con alguien), pero para mí eso no se corresponde con nada”.

Discusión

Hemos preferido hacer un boceto a grandes rasgos del universo en el que viven estos pacientes, cada uno muy diferente del otro, con historias que varían mucho de un caso al otro y cuya gravedad no se deja definir de acuerdo con una grilla jerárquica. Nuestra intención está aquí limitada al objeto de este trabajo, en este caso a esos aspectos clínicos en donde afecto y representación se encuentran en el mismo tejido psíquico y son por lo tanto indisociables. Nos encontramos aquí en la situación opuesta a aquella en que la distinción es posible, en donde el cuestionamiento acerca de esos dos aspectos fundamentales de la vida psíquica no se plantea, porque se encuentran fundidos en una unidad que conforma un bloque, incluso teniendo en cuenta la parte reprimida o inconciente. Hemos encontrado al principio de este trabajo formas de discurso en las que no se imponía la separación entre afecto y representación, porque el conjunto que constituían se habría empobrecido con esta discriminación, si bien era posible hacerla. Acá la indiscriminación parece traducir un sufrimiento insuperable y se pone al servicio de una desorganización potencial. Es inútil decir que si este universo vivido por

los pacientes se encuentra cercano a la pesadilla, la contratransferencia del analista es particularmente insoportable, oscilando entre lo inaprehensible y el sentimiento de encontrarse prisionero de una situación sin solución. Simetría de la contratransferencia que refleja a la transferencia.

Ahora diré mi opinión acerca de los saberes teóricos necesarios para la comprensión de esas situaciones. Lo haré fuera de cualquier referencia al desarrollo porque no creo que lo que sepamos sobre el tema pueda verdaderamente esclarecer lo que nos enseñan esas transferencias en la cura.

Esos estados resultan de la conjunción de varios factores.

Si es cierto que nos ocurre encontrarnos con traumas severos de la primera infancia (enfermedades, separación de la madre, ubicación fuera de la familia, proximidad excesiva), lo más difícil es, en efecto, llegar a establecer el vínculo entre las consecuencias de esas circunstancias accidentales y los cuadros observados de los que a veces esos traumas están ausentes, pero en donde las disfunciones no son menos inquietantes. O mejor, si el psiquismo ha sufrido en esos casos de manera comparable, esto debería atribuirse, parece, a las relaciones entre el niño y sus imágenes parentales. Nos topamos aquí con la difícil evaluación de las relaciones con un objeto materno, que puede ser alternativamente fóbico a la actividad pulsional del sujeto, rígido en la imposición de las creencias, complaciente respecto de sus propias rarezas, ciego y sordo ante las exigencias de la vida afectiva del niño y de sus creaciones psíquicas personales. Finalmente, el caso es más que habitual, el objeto materno lucha constante y ciegamente para que el padre sólo ocupe un lugar insignificante en el psiquismo del sujeto, lo cual no excluye, ni mucho menos, de la mente de la madre la idea de que ella ha sido una excelente madre que le ha brindado a su hijo un profundo amor. Es al menos lo que permite pensar el discurso del analizando. Si por un lado es a la vez ingenuo y errado tomarlo como evidente, sería una negación no menos importante el considerar sus palabras únicamente como producto de una proyección. Sea lo que sea, como para la teoría del trauma en Freud, sólo nos interesa aquí la realidad psíquica del paciente. Podemos poner en evidencia una transmisión intergeneracional de conflictos enmascarados por la cotidianeidad que tengan sin embargo un cierto valor esclarecedor. El interés de esta comparación es sólo el de constatar que,

finalmente, las consecuencias de traumas alcanzan a aquellos en que estos traumas parecen no existir. Esos dos casos remiten a imágenes de objetos enloquecedores, incontrolables, imprevisibles, que revelan posiciones que permiten adivinar el miedo a la vitalidad del niño y a la proyección precocísima de su futura sexualidad; se trata a menudo de inquietudes inconcientes. Un estado de insatisfacción o de depresión permanente en la madre hace que el niño cargue con el peso de tener que curarla. De manera que aquél del cual se espera que salve a la madre —el niño— es al mismo tiempo aquél a quien se le muestra que cualquier intento por su parte está destinado al fracaso, ya que no puede hacer otra cosa que agravar su infortunio.

Hipótesis

Al examinar la clínica de los cuadros presentados en su diversidad, nos parece que ésta confirma la teoría de las pulsiones de Freud en su última etapa. No pretendo abrir aquí el archivo de lo contencioso de la teoría freudiana de las pulsiones. Sin embargo, con el objeto de esclarecer mi pensamiento, diré en pocas palabras a cuál de las posiciones de Freud me refiero. En el artículo “Psycho-analysis” escrito para la *Encyclopaedia Britannica*, Freud resume en pocas palabras su pensamiento mediante una formulación que me parece a la vez valiosa y correcta. Ahí anota que según el punto de vista dinámico, el psicoanálisis “lleva todos los procesos psíquicos —con excepción de los estímulos exteriores— al juego de fuerzas que se activan o se inhiben, se combinan, se comprometen, etc. En el origen, todas esas fuerzas son de naturaleza pulsional, por lo tanto de origen orgánico, caracterizadas por una formidable capacidad somática (compulsión a la repetición) y encuentran su delegación psíquica en representaciones afectivamente investidas” (Freud, 1926 a). Pienso que eso alcanza para explicar a lo que me refiero. Por mi parte, no veo ninguna otra concepción de la tópica psíquica que dé mejor cuenta de ello. Por otra parte, tenemos la fuerte impresión de que es el concepto de moción pulsional el que nos permite acercarnos de hecho a la condición teórica supuesta de estos estados. Se trata en efecto de movimientos que hay que suspender, frenar, ahogar, detener en su peligrosa potencialidad y sin embargo siempre dirigidos a desbordar su territorio, a difundirse

en el conjunto de la vida psíquica sin sufrir la transformación organizadora de los niveles diferenciados. Ya se trate o no de una descarga, tiene en sí poco interés; lo que por el contrario parece tener un gran valor es la orientación interna de las investiduras y la lucha contra su posibilidad de llegar a una concreción significativa. A menudo estos pacientes dicen: “No sé, no sé... No entiendo.” Pero una vez uno me aclaró: “No sé si usted se da cuenta lo que puede haber de destructivo en ese ‘no sé’; eso mata cualquier representación.” La destructividad, por importante que sea, es inseparable de la libido erótica. El Eros de las pulsiones de vida infiltra las instancias del Yo en forma brutal y parece degradado por las reacciones no menos brutales que acarrea (pulsionalización de las defensas, Green, 1993). Todo ocurre como si las investiduras sexuales, en lugar de permitirle al cuerpo vivir experiencias de placer llevándolo a aceptar frustraciones inevitables, adoptaran ahí un carácter salvaje, obstinado, amenazando la identidad del sujeto y volviéndolo finalmente inapto para sostener un vínculo amoroso con un objeto distinto. En ese último caso, el objeto sólo puede ser la fuente de una profunda desconfianza y de un peligro potencial permanente, acarreando una necesidad apremiante de dominarlo, de controlarlo, llevándolo a asumir tareas en la realidad cuya explicación última se encuentra en la conjura, la proyección de las angustias del sujeto. Es la última teoría de las pulsiones de Freud la que me parece adquirir aquí un brillo particular, sobre todo en la medida en que la emergencia de la destructividad, incluso cuando ésta conoce ciertos destinos en los se dirige hacia las investiduras del sujeto en el exterior, queda en mayor medida fijada al nivel del funcionamiento del Yo, obligando a conductas repetitivas, a menudo actuadas, y a numerosos y extendidos comportamientos de evitación, que apenas consiguen proteger de una extrema vulnerabilidad narcisista a los incidentes más banales de la vida cotidiana. No podemos dejar de tener la impresión de que, a falta de poder ejercer el más mínimo dominio sobre los afectos desbordantes y desorganizantes, se vuelve imperativo aislar lo más posible las representaciones más cercanas así como las más alejadas, volviéndolas de hecho inaccesibles. Es decir reducir las posibilidades de dar sentido que pudieran ligar pulsiones y objetos. Queda sin embargo la parte que debe ser dedicada a lo irrepresentable, a menudo la más importante.

En el extremo, ese conflicto agudo puede conducir a la instalación de contradicciones, caracterizada por un *impasse* que sólo conduce al pánico en relación con un caos cuyo efecto sería el de la sideración y la parálisis. Es quizá la expresión de una avidez insuperable que reivindica, a pesar de los comportamientos masoquistas, un rechazo de todo compromiso, mientras que la existencia de esos pacientes parece consagrada a satisfacer a un dios cruel. Resulta insuficiente hablar de ambivalencia, ya que ésta me parece estar revestida por una suerte de *omnipotencia negativa* que, rechazándolo todo, se apropia igualmente de todo en el aniquilamiento, es decir para nada. Es inútil decir hasta qué punto el analista tiene dificultad para situarse como objeto de transferencia en casos como éstos, a tal punto la confusión y la interpenetración de registros lo ubica en una situación imposible: “Usted quisiera que yo eligiese, y yo no quiero elegir. Usted quisiera que yo eligiese entre la vida –es decir entre la vida y la muerte– y nada. Y yo quiero las dos: no quiero nada y quiero todo el resto. Entre estar ahí y no estar ahí. Y yo quiero los dos al mismo tiempo, no estar cuando estoy y estar igual. No quiero la contradicción, no quiero ni lo uno ni lo otro, y a veces eso no alcanza, y quiero lo uno y lo otro.” Encuentro aquí antiguas descripciones en las que he subrayado el rechazo negativo de la elección. No únicamente “no esto y no lo otro” sino “ni esto ni lo otro” (Green, 1990).

De una manera general, la corrección que hay que hacerle a la teoría freudiana es la de vincular ese funcionamiento pulsional con la relación con el objeto. Es en efecto la capacidad del objeto de favorecer la intrincación de las pulsiones eróticas y destructivas, reconociéndolas, aceptándolas y aportando una respuesta psíquica que permita su elaboración preservando su futuro, lo que nos ha enseñado la clínica contemporánea. No hay que enfocar esta respuesta psíquica como secundaria ante las investiduras pulsionales dirigidas hacia el objeto. Tenemos que considerar el trabajo interior que modifica a la investidura hacia el objeto, poniéndolo en relación con la respuesta imaginaria de éste. Esta respuesta interviene entonces antes que aquélla que es efectivamente dada por él. Una introyección se produce sobre la pareja investidura-respuesta interna y externa, convertida en totalidad indisociable. Sin duda, ciertos aspectos de la respuesta podrán permanecer en el exterior de esta introyección, pero el

impacto sobre la psiquis dependerá de la reinteriorización del conjunto formado por la investidura y el eco que habrá suscitado (Green, 1997). El niño ha instalado a su madre en él, en el seno de la demanda misma que le habrá dirigido, pero ahora le será necesario incluirla en su psiquismo inconciente, vincularla con las huella de las experiencias precedentes, transformarla y darle una forma singular y personal, al tiempo que la deja abierta a futuros destinos. A falta de esta situación se instalarán las formas más mutilantes de lo que he llamado el trabajo de lo negativo (Green, 1993). La represión sólo jugará un papel limitado, mientras que la negación, el clivaje o la denegación estarán en marcha constantemente. A través de ellos, lo importante para el sujeto es en este caso llegar a un no reconocimiento de sí mismo. El conocimiento de esos modos operatorios es de un particular interés para las estructuras no neuróticas, extendiéndose también a veces a las estructuras psicosomáticas. Sin duda se espera de mí un desarrollo relativo a la estructura del Yo; pienso que no es necesario extenderse sobre ese tema ya que la mayor parte del tiempo la teorización no supera el plano descriptivo, mientras que la conjunción entre el funcionamiento pulsional, el papel que juegan las respuestas del objeto y el trabajo de lo negativo me parecen dar cuenta de aquéllo indirectamente.

En las situaciones en que el análisis puede mantenerse en el encuadre, he podido descubrir una *posición fóbica central* (Green, 1998). Esta descripción se refiere al funcionamiento asociativo en sesión; no apunta al análisis de las situaciones fóbigenas en el mundo exterior ni tampoco a las de las fobias internas, es decir sin relación con la proyección hacia el exterior. Tampoco debe ser situada con respecto al psiquismo de las profundidades sino de acuerdo con el modo en que la situación analítica, movilizándolo y trastornando las relaciones entre las instancias, como aquellas entre el pasado y el presente por la mediación con el objeto, acarrea, por parte del analizando, una posición fóbica que lo lleva a romper su funcionamiento asociativo, traduciendo un estado de miedo intenso al reconocer sus angustias inconcientes. Aquí los mecanismos de anticipación provocan, al menos con la misma fuerza que las amenazas de resurgimiento del pasado, regresiones o incluso liberación de angustias, ya que su función señal parece haber quedado fuera de juego a causa de una clarividencia hipersensible. Es como si el analizando previera antes que el

analista el lugar al cual podrían conducirlo sus asociaciones, es decir a un punto en el que tendría que reconocer una realidad muy dolorosa. Uno de mis pacientes evocaba, a través de recuerdos-reminiscencias relativos al período en que era cuidado por una nodriza, tema que ya había abordado varias veces pero sin ese tono dramático, su ansiosa espera de la llegada de sus padres el domingo. Pero si el padre lo visitaba regularmente, la madre nunca apareció. “Vi mi rostro mirando en dirección a la puerta con una expresión tan angustiada, tan tensa, tan desesperada que pensé: ‘No es posible, no puedo ser yo’.” No es ocioso anotar que ese “recuerdo” apareció más de diez años después del inicio de su análisis. En lo sucesivo fue posible interpretar ese modo de defensa en el curso de numerosas actividades y situaciones conflictivas, en las que él se dejaba invadir sufriendo completamente los sinsabores de esas situaciones, dándose la posibilidad “de estar en otro lado”.

Sostengo la hipótesis de que la actividad de investidura se centra en este caso alrededor de un fin: entregarse a la vigilancia de los procesos psíquicos más que a sus contenidos individualizados, tratando de evitar a cualquier precio que el trabajo de transformación y de elaboración proveniente de las mociones pulsionales o de las percepciones, desemboque en el intento de tomar forma en dirección de la fantasía, lo que permitiría al inconciente llegar al funcionamiento preconciente, ya que en ese nivel se operaría la ligadura entre las representaciones. Tal ligadura debería darle la posibilidad al inconciente de sostener investiduras de objetos, de los afectos y las representaciones de cosas que conocerían entonces la mutación que lleva a cabo el vínculo con las representaciones de palabras realizadas. El desvío aparente de la atención de los contenidos procede de un rechazo por reconocer su relación transgresora —no solamente en términos de prohibición sino de imposibilidad de satisfacerse de la potencialidad inherente a su condición representativa. El pasaje a la representación de palabra le otorga a esta adquisición una doble virtualidad: la de una nueva dotación significativa y la de un retorno hacia las fuentes de representaciones de objeto. Sin duda no está al alcance del conciente el aprehender todas las implicancias: lo importante es permitirle a los movimientos del lenguaje apoyarse sobre el movimiento paralelo, correspondiente o análogo que anima la dinámica interna de las representacio-

nes de cosa conciente e inconciente. Es por eso que la moción, que Freud identificará llegado el caso con el pensamiento, debe ser ubicada en el fundamento del psiquismo.

La verbalización podrá enlazar la extrema sofisticación del sistema de representación de palabra no con los contenidos —que permanecen alejados del conciente— sino con los procesos que reinan en el inconciente. Estos se expresarían mediante un corto circuito operado en el preconciente, volviéndolo inapto a la transmisión entre inconciente y conciente por el no reconocimiento de sus relaciones. En suma, una primera apuesta ha presidido las transformaciones de las mociones pulsionales en producciones del inconciente, pero la conjunción con la esfera representacional ha sido rechazada porque su desarrollo a nivel preconciente habría conminado al pensamiento a tomar en cuenta todas sus implicancias. Estas acarrear modificaciones del afecto no únicamente a través de su vínculo con la representación, sino desde su entrada en el sistema de relevo representación de cosa—representación de palabra. Sin embargo, en lugar de una represión mantenida y del trabajo de elaboración que es su consecuencia, los mensajes que han llegado a las capas más profundas del aparato psíquico infiltran la comunicación verbal, oscureciéndola. Ese es el resultado de un abanico de acciones convergentes: la transformación de mociones pulsionales en representaciones inconcientes, no logra retener más que una débil parte de su energía de investidura. El papel que debería jugar el objeto en esta transformación deja la mayor parte de las investiduras pulsionales bajo una forma bruta, escapando a la puesta en sentido y a la organización simbólica del inconciente. Esta parte no ligada por la representación impedirá que la segunda transformación, la de las representaciones de cosa inconcientes que aspiran a volverse concientes, sufra la mutación mediante el desarrollo de los procesos de pensamiento en germen en el inconciente, llevados a un deseo de concreción más avanzado gracias al lenguaje en el preconciente, sin que por ello el vínculo con las representaciones inconcientes deje de establecerse mediante el filtro de la represión. Lo que queda de no elaborado en el nivel de las mociones pulsionales, prohíbe el desarrollo de procesos de ligaduras por intermedio de la forma lingüística acordada por las representaciones de palabra. El afecto, que asegura la continuidad de las investiduras y modula cualitativamente las expresiones repre-

sentativas, al tiempo que se mantiene en contacto con las investiduras de objetos, ve bloqueado el proceso de diferenciación por la persistencia de las formas más crudas de los vínculos más antiguos con los objetos, investidos por las mociones destructivas más intolerantes hacia lo que se opone a la expresión directa de las pulsiones y a las frustraciones y decepciones que éstas deberán sufrir.

Supongo que se me preguntará si tantos esfuerzos valen la pena por parte de los pacientes. No negaré que el resultado que se obtiene en estas estructuras no tiene comparación con aquello a lo que se llega con una neurosis bien constituida. Sin embargo, hay que subrayar que a la larga se producen modificaciones en el funcionamiento del Yo, una mayor tolerancia a acoger los mensajes del inconciente, a reconocer su fuente pulsional, a distender los vínculos de dependencia con los objetos primitivos, a investir nuevos campos de interés. Hay que agregar que pensamos que ningún otro método fuera del psicoanálisis, o cuando menos de la relación continua con un psicoanalista, puede provocar cambios parecidos. Ya se trate de la terapia farmacológica o de las terapias llamadas cognitivas, ni unas ni otras aportan soluciones mejores. Sólo una elucidación ajustada, progresiva, paciente, de los aspectos emergentes de los conflictos intrapsíquicos que involucran al Yo y al objeto, puede vincular la actividad pulsional evitándole las soluciones más esterilizantes del trabajo de lo negativo. Finalmente, no es ocioso observar que sólo esos análisis largos y cuyas gratificaciones son moderadas, nos ofrecen la posibilidad de comprender realmente la naturaleza de los cambios intrapsíquicos que se operan bajo la acción intersubjetiva del trabajo analítico. Hay ahí una vía irremplazable de conocimiento de los niveles psíquicos más alejados de la conciencia –de los cuales no podríamos dar cuenta por la sola referencia a la pregenitalidad, ya que las fijaciones erógenas de ese tipo sufren el asalto de la destructividad y el juego combinado de las pulsiones eróticas y destructivas afectan a las relaciones del Yo y de los objetos.

Especulaciones

A partir de *La interpretación de los sueños* Freud fija con gran precisión lo que está en juego en el problema entre procesos y cualidades. Partiendo de la conciencia como “órgano de los

sentidos para la aprehensión de las cualidades psíquicas”, distingue las excitaciones periféricas que llegan al psiquismo, percepción mediante, de las excitaciones de placer y displacer que él concibe como “caracterizando casi exclusivamente la transformación de la energía al interior del aparato.” Se trata de una modalidad gracias a la cual los sistemas psíquicos, inconcientes y en parte preconcientes, desprovistos de cualidades psíquicas, sólo se muestran a la conciencia gracias a esta condición: “Tendremos que admitir que *esos desencadenamientos de placer o displacer regulan automáticamente la marcha de los procesos de ‘investidura’*.” Sin embargo, la necesidad de operaciones psíquicas más diferenciadas exige que ese primer sistema sea reemplazado por otro, más independiente de los signos de displacer. Entonces aclara que la actividad del preconciente, en razón de su vínculo con las huellas de los signos del lenguaje, adquiere la capacidad cualitativa propia de ese segundo sistema: “Gracias a las cualidades de ese sistema, la conciencia que hasta ahora no había sido otra cosa más que el órgano de sentido de las percepciones, se convierte también en el órgano de sentido de una parte de nuestros procesos de pensamiento. A partir de ahí tendrá dos superficies sensoriales, una dirigida hacia la percepción, la otra hacia los procesos de pensamiento preconciente” (Freud, 1900). Esta petición de principios permanecerá constante a lo largo de toda la obra freudiana, planteando nada más un problema en dos aspectos. Por un lado la búsqueda de la naturaleza de los procesos de transformación internos, de donde resultan los estados de placer y displacer; por el otro la conmoción provocada por la toma de conciencia tardía de la existencia de estados que traducirían un más allá del principio del placer, como reflejando el fracaso de éste. La idea de superficies psíquicas (a la cual Freud recurrirá una vez más para definir al Yo) no debe hacernos retroceder a causa de su carácter metafórico. Ella expresa la noción de plano de trabajo y la de límites que permiten situar su más allá y su más acá.

La percepción, incluida la percepción de sensaciones de placer y displacer, delimita un campo: el de las excitaciones periféricas externas y el de las cualidades afectivas internas. Otro “frente” de la percepción es aquel provisto por las “cualidades” adheridas al lenguaje. Podemos entonces situar más acá de los estados de placer y displacer a las mociones pulsionales y a los

afectos inconcientes; entre las percepciones sensoriales y los procesos de pensamiento, las representaciones inconcientes, concientes, las representaciones de palabra. Estas últimas constituyen el segundo frente perceptivo, ya que el pensamiento mismo está, al igual que el inconciente, desprovisto de cualidad pero adquiriéndolas gracias a su vínculo con el lenguaje.

En lo relativo a la primera superficie que recibe las excitaciones internas que llegan a la conciencia, Freud no dejó de dudar acerca de las condiciones precisas de esta transformación. Si bien es cierto que no llegó a conclusiones definitivas acerca de las relaciones distensión-tensión para caracterizar placer y displacer, hay otro aspecto que no ha sido muy subrayado en las observaciones que nos ha dejado. En efecto, Freud siempre prefirió aclarar que la traducción en términos de procesos psíquicos de los estados de placer-displacer dependía menos de la cantidad absoluta de la investidura, como de la *modificación de la cantidad de investidura o de sus oscilaciones en la unidad de tiempo*. Esta observación, repetida de diversas formas, parece no enfocar más que una temporalidad primera, rítmica, en el fundamento de la experiencia del tiempo que será caracterizada más tarde por la discontinuidad. Otra formulación cercana hablará de una tasa de disminución o aumento en un tiempo dado. Hay tal vez aquí materia de reflexión.

Por otro lado, debemos volver atrás para insistir una vez más sobre la orientación interna de las investiduras. Por interna entiendo particularmente —ya que todas las representaciones no dejan de serlo— aquellas cuya dirección tomará el camino de las funciones fisiológicas del cuerpo periférico. Para entenderlo bien debemos recordar que, con respecto al órgano de los sentidos que es la conciencia, el aparato psíquico le sería exterior, de acuerdo con los desarrollos de Freud en *La interpretación de los sueños*. Freud insistió numerosas veces sobre esta dimensión, me atrevo a decir de “exterioridad interna”, ya que eso será lo que más tarde dirá con respecto al Ello como segundo mundo exterior para el Yo. Sólo podemos comprender estas reflexiones relacionándolas con la preocupación de Freud de dar una descripción del funcionamiento psíquico, que no podemos contentarnos con caracterizar como mundo interno con respecto al mundo exterior. La instalación de una “exterioridad” en el interior mismo del psiquismo es probablemente el resultado de las relaciones entre

las instancias, siendo que la conciencia no puede vivir todo lo que está fuera de ella más que de acuerdo con una relación de extrañeza. Eso es lo que da cuenta de esta posición paradójal. Más radicalmente aún, es más allá de las fronteras del psiquismo que son rechazadas las investiduras, ya sea por ser inelaborables para las estructuras que se encargan del placer, o bien porque su intensidad amenaza la organización del Yo. Pero al hacerlo, estas excitaciones parecen alcanzar una de las dos grandes polaridades de la vida psíquica, la que depende de las percepciones y cuya salida desembocaría en la acción, o bien aquella del rechazo a esta otra fuente originaria que es el cuerpo.

Estas consideraciones están bien expuestas en la *Metapsicología* en el capítulo sobre el inconciente, en donde encontramos la nota siguiente: “La afectividad se manifiesta esencialmente como descarga motriz (secretora, vasoreguladora) destinada a transformar (internamente) el propio cuerpo, sin relación con el mundo exterior; la motilidad, en acciones destinadas a transformar el mundo exterior” (Freud, 1915 a). Este tipo de afirmaciones se repiten en numerosas oportunidades; Freud emplea la expresión inervaciones corporales para designar esta destinación de las excitaciones, en particular refiriéndose a la conversión que entretanto liquida en este caso al afecto.

Es esencial la idea de que para esta parte de las investiduras lo que surge del cuerpo retorna a él. Esto no significa que vuelven a su fuente, sino que se difunden hacia funciones que van a manifestarse en su periferia. Aún queda por considerar las “inervaciones corporales” ideo-motrices que intervienen en la expresión de las emociones, completando la información que el sujeto recibe de sus sensaciones internas con aquellas que da a percibir a los otros. Finalmente, cuando se atraviesa cierto umbral, esas inervaciones corporales comprometen la motricidad de la vida de relación. Ese circuito cíclico se caracteriza por su inmutabilidad, su difusión y el aspecto poco diferenciado de las reacciones que provoca.

La pretendida oposición entre la concepción de la descarga y la concepción semántica del afecto, se resuelve efectivamente si queremos comprender que, en su proyecto de modificación del estado del cuerpo, dicho cambio implica necesariamente un modo de autoinformación dado al psiquismo, que sin embargo es necesario distinguir de la información transmitida gracias al

doble sistema de las representaciones. Los datos que encuentran su fuente en el mundo exterior y que conocen el largo desvío del trabajo representativo *en la medida en que se dirigen a la conciencia*, tienen por objetivo, *in fine*, la modificación del mundo exterior resultante de los sistemas representacionales escalonados y enlazados. Sin embargo, las acciones motrices acarreadas por los afectos, movilizan reacciones elementales –*actos*– mientras que las que se encuentran en relación con los sistemas representacionales estarían fundados en una *intencionalidad - acciones*. No existe interés alguno en anular esta distinción en favor de un único sistema (esquemas de acción). Enlazándolos con las representaciones, los neurobiólogos han acuñado el concepto de “representaciones”, cuyo interés es discutible. A fin de cuentas, como hemos propuesto, es por las elaboraciones de lo que en el inicio preside la conjunción del representante psíquico de la pulsión y de las huellas dejadas por la representación de objeto, que se construye un verdadero mundo psíquico interno, como repitiendo el mundo externo. La meta inicial de una respuesta inmediata pasa por ciclos de transformación, que han dado lugar a la elaboración interna de un mundo más aceptable para el sujeto, ya que éste incluiría los medios de no sufrir demasiado las consecuencias de las pruebas aportadas por la frustración y la decepción.

Es esta concepción de conjunto la que va a ser menoscabada por la verificación de estados más allá del principio del placer. Por un lado, Freud constata que “otra fuente de liberación del displacer no menos habitual, proviene de los conflictos y clivajes que se producen en el aparato psíquico mientras que el Yo lleva a cabo su desarrollo en dirección a organizaciones mucho más diferenciadas” (Freud, 1920, cita b). No podemos conformarnos entonces con una oposición entre un sistema regido por el principio de placer-displacer, afecto este último que se produce escapando al efecto de la represión, y un sistema en relación con el principio de realidad capaz de liberarse de sus influencias.

El cambio más radical descubierto por Freud radica en que la regulación, antes calificada de “automática”, de las investiduras de acuerdo con estados de placer-displacer, ya no tiene lugar. “Llegamos así a este resultado que en el fondo no es nada simple: la aspiración al placer se manifiesta al inicio de la vida psíquica de forma mucho más intensa que ulteriormente, pero con más

restricciones; a menudo debe admitir su derrota” (Freud, 1920, cita c). Es aquí donde Freud hace un descubrimiento capital pero no se atreve a proponer la solución que se impondría, a saber, poner en relación esta derrota con el encuentro ente la moción pulsional y su objeto. Dice sin embargo con una gran claridad: “La ligadura de la moción pulsional sería una función preparatoria que debe poner a la excitación en estado de ser finalmente liquidada, en el placer de descarga” (Freud, 1920, cita d). Todo ocurrió como si Freud hubiera temido hacer intervenir al objeto demasiado precozmente en el establecimiento de los fundamentos del psiquismo, como si hubiera temido que se desviara la atención dirigida hacia lo que él consideraba esencial, la actividad pulsional, en provecho de un modo de estructuración dependiente del exterior y por lo tanto mucho más sometido a variaciones, que impedirían el establecimiento de una teoría con valor general. Sabemos que luego modificaría en parte este punto en *Inhibición, síntoma y angustia*, pero todos sus trabajos posteriores dan muestra de su retorno al enfoque precedente, que continúa poniendo a la actividad pulsional en el lugar que siempre se le ha reservado, es decir el de zócalo sobre el cual se edifica la vida psíquica.

Pero volvamos al problema más particular del afecto. Pienso que las observaciones de Freud, a pesar de su carácter parcial, pueden servir de guía a nuestra reflexión. Lo que nuestra exposición clínica ha mostrado ampliamente es lo que hemos denominado la ausencia o el carácter funcional inoperante de *formaciones intermediarias, es decir de producciones psíquicas organizadas por procesos primarios que implican un relativo trabajo de diferenciación entre afecto y representación*. Por otro lado, como señalan todos los autores, nos asombramos de que los cuadros clínicos que acabamos de describir, traduciendo modos de funcionamiento psíquico poco discriminadores, expresen en varios sentidos, de modo más o menos perceptible directamente, estados de no separación entre sujeto y objeto, de aferramiento al objeto, bajo un modo de relación masoquista y destructor, marcado por una sexualidad imperiosa, poco diferenciada y sometida a una decepción constante, justamente en relación con una persecución que encontraría su fuente en el objeto primario. Me propongo esclarecer este punto, lo cual sólo puede conseguirse haciendo intervenir al objeto en las especulaciones relativas a la

génesis de dichos mecanismos.

Si consideramos que las llamadas formaciones intermediarias organizadas por los procesos primarios, pueden ser consideradas simultáneas a la instauración de los autoerotismos, el criterio de la separación no puede ser lo suficientemente aprehendido por la sola existencia o no existencia de una angustia que estaría en relación con esta situación, noción poco descriptiva y carente de fundamento explicativo. Consideremos la posibilidad que tendría el niño de recurrir a esos modos de organización en los que los dos grandes ejes psíquicos definidos por Freud, estado de placer-displacer y procesos de pensamiento, pueden ser puestos en relación gracias a las actividades oníricas y fantasmática, a las cuales hay que agregar la categoría del juego, cuya importancia ha sido subrayada por Winnicott. Estas son las principales expresiones, aunque no las únicas, del funcionamiento de esas formaciones intermediarias. *Es decir, en suma, que la separación del objeto primario sólo puede efectuarse si el niño tiene la posibilidad de volverse sobre sus propias producciones psíquicas, en la medida en que ellas lo mantienen en contacto tanto con los derivados de sus exigencias pulsionales más profundas como con las limitaciones de la realidad.* Verificamos la huella del buen funcionamiento de esta organización en la cura analítica, en lo que he denominado los procesos terciarios.

Estoy al fin y al cabo postulando que esas mediaciones organizadas por los procesos primarios, constituyen un “área intermedia” interna. A partir de este eje se desarrollarán las relaciones más susceptibles de ser trabajadas por el aparato psíquico, entre el Yo, los objetos, el deseo y el trabajo de lo negativo. Pero, ¿cuáles son las condiciones requeridas por la instalación de esta organización psíquica primaria, cuya existencia es necesaria al desarrollo, a la riqueza y a la complejización de las relaciones intrapsíquicas e intersubjetivas? En este punto se oponen dos tendencias, la de Freud, que desea no tener en cuenta las relaciones afectivas entre el niño y sus objetos primarios y, en el extremo opuesto, la que busca la explicación en la observación exclusiva de las manifestaciones perceptibles de estos intercambios. Por mi parte no adoptaré ninguna de estas dos posturas.

Sea cual sea la riqueza de los intercambios perceptibles en la relación madre-hijo, éstos no pueden darnos la clave de la construcción del mundo interno en los aspectos relativos a este último

que acabamos de describir. Recordemos la importancia de lo que hemos denominado la “cobertura psíquica” [couverture psychique] de la madre, función que permite la instauración de los procesos internos en su relación con el inconciente –las formaciones intermediarias. No voy a detenerme en detalle sobre mis descripciones acerca de la estructura encuadrante [encadrante] de la madre, consecutiva a su alucinación negativa. Por el contrario, diré que la posibilidad de que esas formaciones intermediarias puedan anclarse en el psiquismo, depende de la constancia y el mantenimiento de la investidura materna, que sobrevive a todos las incertidumbres y avatares de la relación, incluso de los aspectos de ésta última que puedan comprender importantes cargas destructoras. Esto es lo que diversos autores han expresado a su manera, Winnicott y Bion entre ellos. Cuando Freud nos habla de las variaciones de investiduras en la unidad de tiempo o en un tiempo dado (disminución-aumento), yo interpretaría esta observación proponiendo que aquélla debe constituir para el niño *la posibilidad de reconocerse, gracias a la investidura materna, en los diferentes momentos de esas variaciones en un tiempo dado. Esto le permite vincular –simultáneamente en sí mismo y en su relación con el objeto– el núcleo que posibilita la reunificación de los diversos estados internos, con la salvaguarda de estos últimos por el interés que el niño continúa suscitando en la madre.* Es esto lo que finalmente permite la constitución de un núcleo psíquico, denominado por Freud Yo de placer-purificado. Más aún, esta investidura materna es altamente paradójica, en la medida en que está sometida a la contradicción interna de ser profunda y masivamente movilizadora en dirección al niño de la forma más plena posible, al mismo tiempo que debe implicar la anticipación, en ciernes, del estado en el cual el objeto primario deberá consentir al desprendimiento producido por la futura autonomía de aquél. Tal es la naturaleza necesariamente desgarradora del vínculo materno. Ese desprendimiento potencial, esbozado desde sus orígenes, es precisamente lo que podrá hacer posible el acogimiento de otros objetos y el desarrollo del Edipo, presente desde los orígenes de la infancia bajo la forma del reconocimiento por parte de la madre de su vínculo con el padre y la contradicción que ésta puede ser llevada a vivir, creada por la doble relación carnal que mantiene con el niño y con el padre, sin olvidar sus diferencias. Comprendemos mejor tal vez cómo

una concepción tal puede dar cuenta de lo que hemos esbozado más arriba acerca del afecto como investidura de espera, bajo la forma de la preparación anticipatoria al encuentro con un objeto que, cuando no está en resonancia con la investidura reflejada del objeto, puede transformarse en deseo de evacuación. Esta es, creo, la verdadera condición de la separación con el objeto primario, que se produce cuando, habiéndose mantenido y perpetuado la investidura de aquél a través de sus variaciones, el niño “suelta” al objeto porque puede contar con el relevo de sus propias formaciones psíquicas, que sustituyen parcialmente a las satisfacciones con el objeto primario y autorizan la persistencia del vínculo con él bajo el primado de una “reserva personal” que le permite al niño reapropiarse de los deseos, satisfechos o no.

Una contribución esencial a la comprensión de la cura analítica ha sido aportada por Winnicott, cuando introduce el modelo del juego para dar cuenta de lo que ocurre tanto en la clínica como en la transferencia. Más allá de las intuiciones freudianas, se trataba de mostrar que lo que aparecía en la cura no era del orden ni de la simple repetición ni tampoco, como hace pensar Melanie Klein, de la completa dependencia de una actividad proyectiva. El modelo del juego daba cuenta de una actividad que volvía, a partir de sus investiduras pasadas, sobre el objeto de la situación presente, creándolo anticipadamente en el camino hacia su encuentro con él. La visión completa del proceso, gracias a un fenómeno que Edelman calificará de “reentrada”, es la reintroyección del circuito, encuentro y creación, modificando a la vez la organización psíquica interna y las relaciones con el mundo exterior. Al término de una larga sesión en la que el analista fue testigo y objeto de los movimientos de insight y destrucción del mismo, cuando parecía haber llegado el momento de autenticar la búsqueda de la paciente en proceso de buscarse a sí misma, el analista le dice: “Toda clase de cosas suceden y desaparecen. Es la miríada de muertos que usted ha conocido. Pero si hay alguien ahí, alguien que puede devolverle lo que ha pasado, los fragmentos tratados de esta forma se vuelven partes de usted y no mueren” (Winnicott, 1971, cita a).

Estas especulaciones son las que más me han ayudado a dar forma a las experiencias sentidas, representadas, pensadas a lo largo de mi relación con esos pacientes que presentan estructuras no neuróticas y que me pareció que ponen en duda la discrimina-

ción entre afecto y representación; asimismo, me han ayudado a intentar encontrar una solución en las relaciones entre moción pulsional, objeto y trabajo de lo negativo.

Pienso que entendemos mejor las razones por las cuales he expresado algunas dudas acerca de las observaciones empíricas supuestamente científicas, para dar cuenta de la complejidad de los hechos presentados por la situación analítica. Sin embargo, estoy listo para convencerme de lo contrario si veo la posibilidad de que estos estudios respondan a los problemas que acabo de exponer. Es raro que la búsqueda de convergencias, si no de correspondencias, provenga a veces de las ciencias más alejadas de aquellas que supuestamente tienen una relación de proximidad con el psiquismo. Así, es en el matemático René Thom donde encontramos un modelo de la afectividad sostenido sobre el concepto de *pregnancia* (opuesto al de *relieve* [*saillance*]) para dar cuenta de la continuidad en ciertas estructuras psíquicas (Thom, 1988). Su teoría de las catástrofes ha sido objeto de un intento de modelización psicoanalítica del afecto que deja mucho que desear (Callaghan & Sashin, 1990). En lo que respecta a la neurobiología seré más cauto. Si tengo que confesar que la mayoría de los trabajos sobre el tema específico del afecto de los cuales he tenido conocimiento no me han aclarado demasiado las cosas, pienso que, por el contrario, la discusión con los neurobiólogos depende de las concepciones que ellos intentan articular, en una visión de conjunto que respeta la especificidad de los hechos que provienen de nuestra disciplina. Debo reconocer aquí mi deuda con el trabajo de Gerald Edelman quien me propuso la única visión convincente de las relaciones entre nivel de actividad neuronal y nivel de actividad psíquica, sin que el segundo pueda ser remitido al primero. Gracias a él he llegado a la conclusión de que cuando buscamos ir más allá de las múltiples interacciones entre sistemas, interacciones responsables de la complejidad fenomenológica que aparecen bajo la forma de una *aprehensión global del funcionamiento*, más acá de la puesta en evidencia de los sistemas de entrada en la organización cerebral, desembocamos en la distinción entre dos grandes subsistemas neurobiológicamente distintos en cuanto a sus orígenes y tareas. Por un lado el sistema del *sí mismo* [*soi*], que reúne las relaciones entre el “sistema hedonista” y el sistema cortical, del cual pienso que forman parte las pulsiones y los afectos. A este primer

sistema se opone por otra parte el sistema (tálamo-cortical) de las relaciones con el mundo exterior, del no-sí mismo [non-soi] cuyas conexiones vuelven a entrar masivamente. Este es únicamente cortical. Queda claro que las conexiones entre los dos sistemas, sistema límbico y sistema tálamo-cortical, son numerosas y complicadas, pero lo que resulta esencial entender es la categorización de los valores cuyo nivel más basal es modificado por la epigénesis, teniendo la experiencia el poder de reorganizar por sí misma las categorizaciones “conceptuales”, establecidas bajo la influencia de las primeras elecciones que han operado sin instrucciones.

Pasando revista a las hipótesis subyacentes a las teorías de la conciencia propuestas, Edelman nombra tres: la hipótesis física, la hipótesis evolucionista y finalmente la hipótesis de las *sensaciones*. Acercándose aquí a las ideas de C. S. Peirce, Edelman afirma la irreductibilidad de ésta última que apela a las experiencias subjetivas, a los sentimientos e impresiones que acompañan el estado de cosas. Hay que constatar entonces que ningún estudio de la conciencia puede eliminar este orden de factores y que éste, a diferencia de los de la hipótesis física, no puede ser completamente compartido con otros. “Ninguna teoría científica, sea la que sea, es posible sin que se suponga desde el principio que los observadores tienen tanto sensaciones como percepciones” (Edelman, 1992, cita b). Alcanzamos entonces la idea de que para el estudio de la conciencia –y *a fortiori* la del inconciente– el mejor referente son los otros seres humanos, en razón de la posibilidad de correlacionar todas sus experiencias y cuyas sensaciones constituyen la base indispensable.

El conjunto teórico presentado por Freud me parece aquí el único que no entra en contradicción con ese esquema director, insistiendo fuertemente en la orientación interna de los afectos, su tendencia a difundirse en el cuerpo y formando el núcleo psíquico primordial a través de los afectos de placer-displacer. Esto es para marcar que las transformaciones psíquicas que dan lugar a la categorización de los estados de placer y displacer, son antes que nada mensajes destinados a informar al sujeto acerca de la naturaleza de lo que ocurre en él y a operar su selección de acuerdo con esta categorización de valores remodelados permanentemente por la experiencia.

Partiendo de las fuentes pulsionales y volviendo al cuerpo, el

afecto parece operar un repliegue del sujeto sobre sí mismo. Hay que contar todavía con el desvío que, a través de las expresiones de las emociones y la respuesta que le dan los otros, permite conectar un segundo circuito derivado del primero contribuyendo a acrecentar su riqueza. Pero ese segundo circuito sólo se instala para volver a sí mismo, no por narcisismo, sino para tomar en cuenta las vicisitudes de la relación con los otros.

Todo esto no son más que especulaciones; la última palabra la tiene la experiencia clínica. Como me decía una paciente cuya existencia estaba particularmente cargada de perturbaciones económicas de su vida afectiva y que finalmente pudo superar el desconocimiento del que ésta última era objeto: “sólo la verdad sirve y alivia –durante un tiempo”.

BIBLIOGRAFIA

- BION, W. R. (1963) *Eléments de la psychanalyse*, trad. F. Robert, Paris, Presses Universitaires de France, Bibliothèque de psychanalyse, 1979.
- *Elements of Psycho-Analysis*, London, William Heinemann - Medical Books, Ltd.
- BOLLAS, C. (1992) *Being a Character, Psychoanalysis & Self Experience*, New York, Hill and Wang, division of Farrar, Strauss and Giroux.
- BOTELLA, C. ET BOTELLA, S. (1992) “Le statut métapsychologique de la perception et de l'irreprésentable”, *Revue française de Psychanalyse*, 56, 23-42.
- BOURGUIGNON, A.; COTET, P; LAPLANCHE, J; ROBERT, F. (1989) *Traduire Freud*, Paris, Presses Universitaires de France.
- BOUVET, M. (1956), “La clinique psychanalytique. La relation d'objet”, in *Oeuvres psychanalytiques, I, La relation d'objet*, Paris, éditions Payot, 1967.
- (1960) “Dépersonnalisation et relations d'objet”, in *Oeuvres psychanalytiques, I, La relation d'objet*, Paris, éditions Payot, 1967.
- CASTORIADIS-AULAGNIER, P. (1975) *La violence de l'interprétation, du pictogramme à l'énoncé*, Paris, Presses Universitaires.

- COURNUT, J. (1991) *L'ordinaire de la passion*, Presses Universitaires de France.
- DELRIEU, A. (1997) *Sigmund Freud, Index thématique*, Paris, éditions Anthropos (Diffusion Economica).
- DONNET, J.-L. (1995) *Le Divan bien tempéré*, Presses Universitaires de France.
- EDELMANN, G. (1992) *Bright Air, Brilliant Fire, On the Matter of the Mind*, Basic Books, Citation a, p. 115.
- *Biologie de la conscience*, trad. A. Gerschenfeld, éditions Odile Jacob. Citation b, p.152.
- FREUD, S. (1900), *L'interprétation des rêves*, traduction I. Meyerson et D. Berger, Paris, Presses Universitaires de France, 1967, p.488. Standard Edition, V, p.574
- (1915) "Le refoulement", in *Métapsychologie*, trad. J. Laplanche et J.-B. Pontalis, Paris, éditions Gallimard, coll. Idées, 1968. p.55.
- (1915) "Le refoulement", in *Oeuvres complètes*, Paris, Presses Universitaires de France, vol. XIII, p.197.
- "Papers on Metapsychology", Standard Edition, XIV, p.152. p.156.
- (1915) "L'inconscient", in *Métapsychologie*, trad. J. Laplanche et J.-B. Pontalis, Paris, éditions Gallimard, coll. Idées, 1968.
- "Papers on Metapsychology", Standard Edition, XIV, pp. 196 & 197. p. 201.
- Citation a : SE, XIV, p.179, "Affectivity manifests itself essentially in motor (secretory and vaso-motor) discharge resulting in an (internal) alteration of the subject's own body, without reference to the external world; motility, in actions designed to effect changes in the external world."
- (1917) *Introduction à la psychanalyse*, trad. S. Jankelevitch, Paris, Petite Bibliothèque Payot., p. 373
- "Introduction to Psychoanalysis", Standard Edition, XVI, p.395.
- (1920), "Au-delà du principe de plaisir", in *Essais de psychanalyse*, nouvelle traduction, Petite Bibliothèque Payot, 1981. Citation a, p.44. Citation b, p.47.
- Citation c, p.113. Citation d, p.113.
- Citation a "Beyond the Pleasure Principle", Standard Edition, XVIII, p.7.
- Citation b, Standard Edition, XVIII, p.10 "Another occasion of the release of unpleasure, which occurs with no less regularity, is to be found in the conflicts and dissensions that take place in the mental apparatus while the ego is passing through its development into

more highly composite organizations.”

Citation c, Standard Edition, XVIII, p.63

“We thus reach what is at the bottom no very simple conclusion, namely that at the beginning of mental life the struggle for pleasure was more intense than later but not so unrestricted : it had to submit to frequent interruptions.”

Citation d, Standard Edition, XVIII, p.63

“(…) the binding is a preparatory act which introduces and assures the dominance of the pleasure principle.”

- (1923) “Le Moi et le ça”, in *Essais de psychanalyse, Essais de psychanalyse*, nouvelle traduction, Petite Bibliothèque Payot, 1981, p. 233.

“The Ego and the Id”, Standard Edition, XIX, p.22.

- (1926 a) “Psycho-Analysis”, in *Résultats, idées, problèmes, II*, trad. R. Rochlitz, Paris, Presses Universitaires de France, 1985, p.55. “Psycho-Analysis”, Standard Edition, XX, p.265.

“From the first of these standpoints, the *dynamic* one, psychoanalysis derives all mental processes (apart from the reception of external stimuli) from the interplay of forces, which assist or inhibit one another, combine with one another, enter into compromises with one another, etc. All of these forces are originally in the nature of *instincts*; thus they have an organic origin. They are characterized by possessing an immense (somatic) store of power (“*the compulsion to repeat*”); and they are represented mentally as images or ideas with an affective charge.”

- (1926 b) *Inhibition, Symptôme et Angoisse*, trad. J. Laplanche et al., Presses Universitaires de France 1973.

- (1933) *Nouvelles conférences d'introduction à la psychanalyse*, trad. R.-M. Zeitlin, Paris, éditions Gallimard, 1984.

“New Introductory Lectures on Psychoanalysis”, Standard Edition, XXII, p.96.

- (1937), “Constructions dans l’analyse”, trad. E.R. Hawelka et U. Huber, révisée par J. Laplanche, in *Résultats, idées, problèmes, II, 1921-1938*, Paris, Presses Universitaires de France, 1985, p. 270. “Constructions in Analysis”, Standard Edition, XXIII, p.257.

- (1940), *Abrégé de psychanalyse*, trad. A. Berman révisée par J. Laplanche, Paris, Presses Universitaires de France, Bibliothèque de Psychanalyse, 1978

“An outline of psycho-analysis”, Standard Edition, XXIII, p.148.

- GARMA, L. (1997) “Approches critiques de la clinique du rêve et du

sommeil", in *Confrontations psychiatriques*, n°38, pp.115-140, "Psychiatrie et sommeil 20 ans après".

GREEN, A. (1970) "L'affect", *Revue française de psychanalyse*, tome XXXIV, Paris, Presses Universitaires de France.

— (1973) *Le discours vivant*, Paris, Presses Universitaires de France, coll. Le fil rouge. a) p.310. b) p. 286.

"The Fabric of Affect and the Analytic Discourse", translated by Alan Sheridan, London, Routledge, in press.

"The affect appears to be taking the place of representation. The process of linkage is a linkage of cathexes in which the affect has an ambiguous structure. Insofar as it appears as an element of discourse, it is subjected to that chain, includes itself in it as it attaches itself to the other elements of discourse. But insofar as it breaks with representations, it is the element of discourse that refuses to let itself linked by representation and arises at its place. Reaching certain quantity of cathexis is accompanied by a qualitative mutation; the affect may then snap the chain of discourse, which then sinks into non-discursivity, the unsayable. The affect is then identified with the torrential cathexis that breaks down the dikes of repression, submerges the abilities of linkage and self-control. It becomes a deaf and blind passion, but ruinous for the psychical organization. The affect of pure violence acts out this violence by reducing the ego to powerlessness, forcing it to cede to its force, subjugating it by the fascination of its power. The affect is caught between its linkage in discourse and the breaking of the chain, which gives back to the id its original power."

— (1983) *Narcissisme de vie, narcissisme de mort*, Paris, éditions de Minuit.

— (1983) "Le langage dans la psychanalyse", in *Langages*, Paris, éditions Les Belles Lettres, p. 310.

— (1985) *Propédeutique, La métapsychologie revisitée*, "Réflexions libres sur la représentation de l'affect", éditions Champvallon, 1995.

— (1986) *On Private Madness*, chapter 9, "Passions and their Vicissitudes", London, The Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis.

(1990) *La folie privée*, chapitre 4, "Passions et destins des passions" Paris, éditions Gallimard, 1990.

— (1993) *Le travail du négatif*, Paris, éditions de Minuit.

— (1997) *Les chaînes d'Eros*, Paris, éditions Odile Jacob.

— (1998) "La position phobique centrale", Conférence à la Société

- Psychanalytique de Paris, 7 janvier 1998.
- HANLY, C. (1978) "Instincts and Hostile Affects", in *Int. J. of Psycho-Anal.*, 59, pp.149-156.
- (1982) "Affect et pulsion", in *Psychothérapies*, n°4, pp.147-154.
- HARTOCOLLIS, P. (1997) "Affects in Borderline Disorders", *Borderline Personality Disorders*, New York, International Universities Press, pp.495-507.
- JACOBSON, E. (1971) *Les dépressions, Etats normaux, névrotiques et psychotiques*, trad. H. Couturier, Paris, éditions Payot, collection Science de l'homme, 1985.
- Depression*, New York, International Universities Press.
- KERNBERG, O. (1976) *Objets Relations Theory and Clinical Psycho-analysis*, New York, Jason Aronson, Inc.
- (1982) "Self, Ego, Affects and Drives", in *Journal of the American Psychoanalytic Association*, vol.30, n°4, pp.893-917.
- KLEIN M. (1968) *Envie et gratitude*, trad. V. Smirnoff et al. Gallimard, p.17.
- Envy and Gratitude* (1957), Tavistock Publications, p.5.
- KOHON, G. (in press) *No lost certainties to be recovered*, (Sexuality, Creativity, Knowledge).
- KRYSTAL, H. (1978) "Self-Representation and the Capacity for Self-Care", in *Annual of Psychoanalysis*, 6, New York, International Universities Press.
- LAPLANCHE, J. & PONTALIS, J. -B. (1967), *Vocabulaire de la psychanalyse*, Paris, Presses Universitaires de France.
- The Language of Psycho-Analysis*, London, The Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis, The International Psycho-Analytical Library, n°94, 1973.
- LAPLANCHE J. (1984) *Nouveaux fondements pour la psychanalyse*, Paris, Presses Universitaires de France.
- MCDUGALL, J. (1982) *Theaters of the Mind: Illusion and Truth on the Psychoanalytic Stage*, New York, Basic Books (1985) (revised edition, New York, Brunner/Mazel, 1990)
- Théâtres du Je*, Paris, éditions Gallimard.
- (1989) *Théâtres du corps*, Paris, éditions Gallimard, coll. Connaissance de l'inconscient.
- Theaters of the Body*, New York, Norton.
- MILNER, M. (1969) *Les mains du Dieu vivant*, trad. R. Lewinter, Paris, éditions Gallimard, coll. Connaissance de l'inconscient, 1974.
- The Hands of the Living God, an Account of Psycho-Analytic*

- Treatment*, The Hogarth Press, 1969.
- MODELL, A.H. (1984) *Psychoanalysis in a New Context*, New York, International Universities Press.
- OGDEN, T. (1994) *Subjects of Analysis*, Northvale, New Jersey, London, Jason Aronson, Inc.
- PARAT, C. (1995) *L'affect partagé*, Paris, Presses Universitaires de France, coll. Le fait psychanalytique.
- PEIRCE, C.S. (1898), *Le raisonnement et la logique des choses, Les conférences de Cambridge*, trad. C. Chauviré, P. Thibaud & C. Tiercelin, Paris, Les éditions du Cerf, 1995.
- Reasoning and the Logic of Things, The Cambridge Conferences, Lectures of 1898*, K. Laine Ketner editor, Harvard University Press, Cambridge, Mass. United States, The President and Fellows of Harvard College, 1992.
- RANGELL, L. (1990) "The Psychoanalytic Theory of Affects", in *The Human Core, The Intrapsychic Base of Behaviour*, New York, International Universities Press, vol.I, pp.307-324.
- RENIK, O. (1990) "Comments on the Clinical Analysis of Anxiety and Depressive Affect", in *Psychoanalytic Quarterly*, LIX, n°2, pp.226-248.
- SANDLER, J. & A.M. (1998) *Internal Objects Revisited*, Chapter 4, "On Object Relations and Affects", London, Karnac Books.
- SANDLER, J. & A.M. (1978) "On the Development of Object Relationships and Affects", in *Int. J. of Psycho-Anal.*, 59, pp.285-296.
- "A propos du développement des relations d'objets et des affects", in *La Psychiatrie de l'enfant*, 1978, vol.21, n°2, pp.333-356.
- SASHIN, J.I. & CALLAGHAN, J. (1990) "A Model of Affect Using Dynamic Systems", in *The Annual of Psychoanalysis*, vol.18, pp.213-231.
- SEARLES, H. (1965) *L'effort pour rendre l'autre fou*, trad.B. Bost, Paris, éditions Gallimard, coll. Connaissance de l'inconscient, 1977.
- Collected Papers on Schizophrenia and Related Subjects*, Hogarth Press.
- (1979) *Le contre-transfert*, trad.B. Bost, Paris, éditions Gallimard, coll. Connaissance de l'inconscient, 1981.
- Countertransference and Related Subjects, Selected Papers*. International University Press.
- SHAPIRO, T. & STERN, D. (1980) "Psychoanalytic Perspectives on the First Year of Life The Establishment of the Object in an Affective Field", in *The Course of Life: Psychoanalytic Contributions Toward Understanding Personality Development*, Vol.I *Infancy and Early*

- Childhood*, S.I. Greenspan and G.H. Pollock editors, NIMH.
- SIFNEOS, P. (1975) "Problems of Psychotherapy in Patients with Alexithymic Characteristics and Physical Disease", in *Psychotherapy and Psychosomatics*, 26, pp.65-70.
- SHEVRIN, H. (1978) "Semblances of Feeling: The Imagery of Affect in Empathy, Dreams, and Unconscious Processes. A Revision of Freud's Several Affect Theories", in *The Human Mind Revisited, Essays on Honor of K. Menniger*, Smith, S. editor pp.263-294.
- STERN, D. (1991) "Affect in the Context of the Infant's Lived Experience: Some Considerations", in *Int. J. of Psycho-Anal.*, 69, pp.233-238.
- THOM, R. (1988) "Saillance et pregnance" dans *L'Inconscient et la Science*, sous la direction de R. Dorey, Ed. Dunod, pp. 64-82.
- VINCENT, J.-D. (1986) *Biologie des passions*, Paris, éditions Odile Jacob.
- WIDLÖCHER, D. (1992) "De l'émotion primaire à l'affect différencié", in *Emotions et affects chez le bébé et ses partenaires*, Paris, éditions ESHEL.
- WINNICOTT, D.W. (1971) *Jeu et réalité*, trad. C. Monod et J.-B. Pontalis, Paris, éditions Gallimard, 1975. Citation a, p.78. b, p.85. *Playing and Reality*, (1971), London, Tavistock Publications. Citation a, p.55. b, p.61. "All sorts of things happen and they wither. This is the myriad deaths you have died. But if someone is there, someone who can give you back what has happened, then the details dealt with in this way become part of you, and do not die."
- (1988), *La nature humaine*, trad. Bruno Weil, Paris, éditions Gallimard, 1990, p. 159. *Human Nature*, London, Free Association Books, p. 120.

Traducido por Marina Calabrese.

Descriptores: Afecto. Afectos. Formaciones del inconsciente. Representación. Somatización. Transferencia.

André Green
9 avenue de L'Observatoire
75006 Paris
Francia